

El Otro Imperio Cristiano

De la Orden del Temple a la Francmasonería

EDUARDO R. CALLAEY

**Primer volumen de la Tetralogía masónica,
*El Factor Masónico: la historia paralela***



Colección: Historia Incógnita
www.nowtilus.com

Título: *El Otro Imperio Cristiano*
Subtítulo: *De la Orden del Temple a la Francmasonería*
Primer volumen de la Tetralogía masónica,
El Factor Masónico: la historia paralela
Autor: Eduardo R. Callaey

© 2005 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3.º C, 28027-Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Responsable editorial: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño y realización de interiores: Grupo ROS
Producción: Grupo ROS (www.rosmultimedia.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 84-9763-243-5
EAN: 978-849763243-0
Fecha: Octubre 2005

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito Legal: M. 38.727-2005

Índice

Capítulo I. El enigma sin fin	1
1. La alianza inaudita: Benedictinos, Templarios y Masones	1
2. La Orden del Temple en los rituales masónicos	7
3. Tres órdenes y un sólo objetivo: «El Templo de Salomón».	12
Capítulo II. La disputa por Jerusalén	15
1. La paradoja del Santo y el Sultán	15
2. La Guerra de los 1400 años	20
Capítulo III. La Hermandad de la Piedra	29
1. La masonería primitiva y «Los Hijos de la Viuda»	29
2. Los «Colegios Romanos» y los maestros constructores en el mundo clásico	33
3. La tradición benedictina y la «Piedra Cúbica» de los masones	40
Capítulo IV. Godofredo de Bouillón	49
1. La historia que supera el mito	49
2. El Señor de las Ardenas	53
3. Los benedictinos y la reconquista de la Tierra Santa	60
Capítulo V. Los cluniacenses en Jerusalén	67
1. El Defensor del Santo Sepulcro	67
2. Las leyendas en torno al duque Godofredo	70
3. El misterioso emplazamiento de la abadía de Orval	74

4. Los cluniacenses llegan a Jerusalén	77
5. Los guardianes del Cenáculo del Monte Sión	80
6. El ejército de Cluny y la «Guerra Justa»	83
Capítulo VI. Los Constructores de Catedrales	87
1. Las gildas medievales	87
2. Los secretos del «arte»	88
3. ¿Corporación Gremial o Escuela Iniciática?	90
Capítulo VII. La «Tradición Iniciática» y la francmasonería	103
1. De la masonería operativa a la francmasonería especulativa	103
2. La tradición hebrea en la masonería	105
3. Pico de la Mirándola y la Cábala Cristiana	106
4. La tradición escocesa	109
5. El factor Rosa Cruz	113
6. Los rosacruces y la francmasonería	118
7. Los «masones aceptados»	122
Capítulo VIII. Ramsay y la Tradición Escocesa	131
1. Antecedentes. El contexto europeo	131
2. La Escuela Andersoniana	133
3. La francmasonería jacobita	136
4. Avances de la tradición «escocesa» en Francia	138
5. La hora del caballero Ramsay	142
6. Las tensiones políticas en torno a la causa jacobita	150
7. El Discurso de 1737	154
Capítulo IX. El Inicio de la Restauración Templaria	159
1. El espíritu de «Cruzada»	159
2. La trama masónica en torno a la sucesión de Polonia	162
3. «Y por otros motivos justos y razonables por nos conocidos» «Aliisque de justis ac rationabilibus causis Nobis notis»	166

Capítulo X. El Retorno de la Antigua Alianza	175
1. El clero regular y la masonería de los «Altos Grados»	175
2. Los benedictinos y la leyenda del Tercer Grado	179
Capítulo XI. Von Hund y la Estricta Observancia Templaria	185
1. Imperium Templi	185
2. El misterio de los «Superiores Ignorados»	193
Capítulo XII. El Ocaso de la Francmasonería Cristiana	197
1. ¿Quién heredó al Temple?	197
Epílogo	215
Notas Bibliográficas	219

Presentación

La eterna conspiración.

Como si la realidad no alcanzara para comprender cómo y por qué suceden las cosas, periódicamente el mundo vuelve su mirada al terreno fascinante de las conspiraciones. Cada tanto buscamos en los pliegues ocultos de la sociedad un indicio, una huella, uno de aquellos hilos que el Gran Titiritero utiliza para controlar la historia. ¿Es acaso una manía del hombre sospechar que el destino de las naciones se urde en las sombras?

Desde los días en que vivíamos en condiciones tribales nuestras sociedades desarrollaron un culto del misterio y del secreto; de un saber reservado a los «mayores», los adultos, el consejo de ancianos, los sacerdotes y brujos, los que poseían el verdadero significado de la existencia y sabían hacia donde se dirigían los acontecimientos. De esta forma controlaban el destino y por eso eran temidos y respetados.

Así nacieron las cofradías, los órdenes y las sociedades secretas. Se desarrollaron las «iniciaciones» y los «ritos de pasaje» mediante los cuales el aspirante debía demostrar su capacidad y su mérito para integrar el estrecho círculo de los iniciados. Podría decirse que esta «sensación» persistente de que alguien controla y conspira detrás de la trama social proviene de aquel modelo atávico que permanece vivo en algún punto de nuestro inconsciente.

Este libro trata acerca de algunas de estas organizaciones a las que el público presta particular atención en virtud del secreto y el misterio que las envuelve: La Orden de los Caballeros Templarios y la Orden Masónica.

Templarios y masones han sido frecuentemente vinculados por numerosos autores en un variado arco que va desde los ensayos más académicos hasta las novelas más inverosímiles. Es común hallar en los libros de historia del Temple referencias al mito de su supervivencia en la francmasonería. Contrariamente es difícil encontrar un rito masónico que en sus grados superiores no haga algún tipo de referencia a la Orden de los Caballeros Templarios.

De hecho mi interés por la francmasonería fue consecuencia de la avidez por los templarios, algo que comenzó muy tempranamente a raíz de mi inclinación por las novelas de caballería y por la historia del medioevo. Cuando fui iniciado en la francmasonería en 1989 estaba convencido que ingresaba a una orden heredera del Temple; pero pronto comprendí que los masones no estaban en un todo de acuerdo en este y en muchos otros puntos.

Sin embargo, muchos de los que negaban dicha relación no sabían cómo explicar, por ejemplo, el hecho de que una sociedad que pretende perpetuar la tradición de los antiguos albañiles utilizara en sus ritos espadas, guantes, paramentos propios de la caballería y un sinfín de símbolos y términos provenientes de las órdenes religiosas surgidas en la Edad Media.

Durante muchos años me dediqué a indagar acerca de los orígenes religiosos de la francmasonería. Pero, al igual que quien navega paralelo a la costa no la pierde de vista, a lo largo de mi travesía a través de los orígenes monásticos de la antigua masonería percibía una y otra vez la cercanía del Temple; un lenguaje, una atmósfera y una simbología esencialmente similar.

No tardé en comprender que ambas órdenes habían nacido de un tronco común y eran hijas de un mismo y vasto proyecto que dejó una profunda huella en la génesis de la Civilización Europea. Este libro es el resultado de todos estos años de búsqueda.

Numerosas personas me aportaron datos, me apoyaron en la búsqueda de fuentes y me incentivaron a seguir investigando pese a la reticencia que aún existe en algunos círculos masónicos en cuanto a reconocer las raíces cristianas de la Orden más combatida por los pontífices romanos.

Debo agradecer particularmente a María Elena Rodríguez, Jefa del archivo de la Gran Logia de la Argentina por su tenaz y desinteresada colaboración con mi trabajo. Una copiosa bibliografía francesa sobre los orígenes de la masonería templaria estuardista fue compulsada por ella durante los últimos años y sus notas constituyeron una herramienta invaluable en mi investigación. Al igual que en mis anteriores trabajos, Daniel Alberto Kiceleff fue mi principal apoyo en la búsqueda de fuentes medievales; una ímproba tarea cuando debe realizarse lejos de los grandes centros culturales de Europa. Deseo agradecer también a Jorge Ferro, investigador científico y masonólogo del CONICET y al Dr. José A. Ferrer Benimeli del Instituto de Estudios de la Masonería Española. Sus trabajos siguen constituyendo uno de los más valiosos aportes a la masonología.

Finalmente, quiero expresar mi agradecimiento al Sr. Santos Rodríguez, editor de Nowtilus, por su cercanía, sus opiniones y sugerencias, el particular interés en el mejor desarrollo de la obra y el permanente apoyo que recibí durante el tiempo que demandó la redacción de este libro.

Eduardo R. Callaey

CAPÍTULO I

El enigma sin fin

1. LA ALIANZA INAUDITA: BENEDICTINOS, TEMPLARIOS Y MASONES

Cuando buscamos una definición acerca de la francmasonería, nos encontramos a menudo con un concepto de carácter más o menos universal en el que cualquier masón se reconoce: «*La francmasonería es una institución filosófica, educativa, filantrópica e iniciática*».

Si tomamos sólo los tres primeros puntos de esta definición, veremos que coinciden con el objetivo y actividad de numerosas organizaciones que actúan o han actuado en la sociedad. Sin embargo, el último punto, su carácter de sociedad «*iniciática*», es lo que torna a la Orden Masónica diferente de cualquier otra institución.

Esta capacidad de conferir la iniciación, sumada a que la educación del afiliado está concebida como un sistema gradual de perfeccionamiento de la personalidad humana, usando como método característico «*el simbolismo*», confiere a la Orden la esencia de su naturaleza y la capacidad de haber sobrevivido a los dogmas y las ideologías. Los francmasones se sirven de los símbolos a modo de figuras alegóricas para transmitir conocimientos y asegurar la continuidad de sus enseñanzas.

«*Los francmasones utilizan símbolos para comunicar* —dice Jean Mourgues— *convencidos de que la lengua es siempre excesivamente particularista y de que sólo los*

símbolos pueden ampliar la comunicación hasta lo universal». Cualquier documento masónico moderno que intente describir los métodos con que la francmasonería transmite su doctrina, incluye una definición similar a esta.

Desde tiempos lejanos, cuyo origen no ha sido jamás precisado, la masonería desarrolló un lenguaje simbólico. La mayoría de los símbolos que conforman este lenguaje provienen de la arquitectura sagrada. Se difundieron a lo largo de Europa durante la Edad Media junto con la actividad de las gildas de constructores de grandes catedrales y abadías. Es común encontrar en la iconografía medieval imágenes de Dios sosteniendo en sus manos los instrumentos del Arte —generalmente un compás— con los que traza los planos de la creación del mundo. La arquitectura se consideraba, por lo tanto, como una continuación terrestre del poder divino. Quien erigía un templo desarrollaba un oficio vinculado con el propio Creador.



Los francmasones se sirven de los símbolos a modo de figuras alegóricas para transmitir conocimientos y asegurar la continuidad de sus enseñanzas. En esta imagen un grupo de masones estudia un «Cuadro de Dibujos» con los símbolos de su grado. En la parte superior izquierda se ve el Delta Sagrado que representa al Gran Arquitecto del Universo. Se lee: «La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron...» Evangelio de San Juan, 1:5. (Grabado alemán de 1750, Viena).

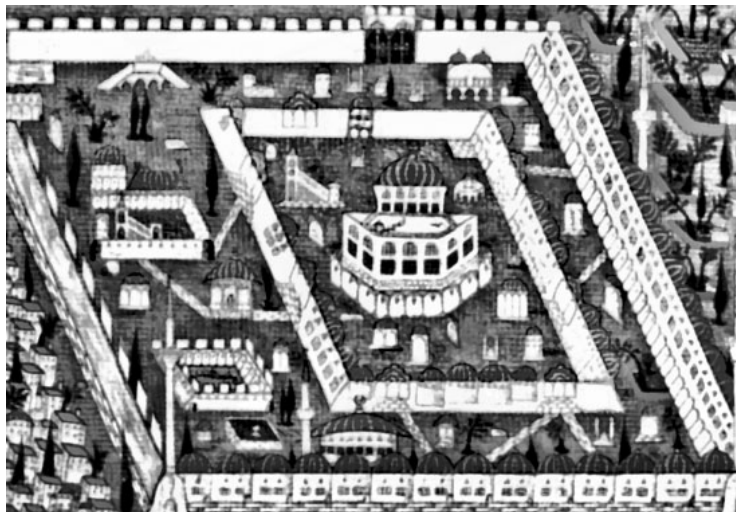
Sin embargo, muchos de estos símbolos aparecen en épocas aun más remotas, desde las ruinas de Pompeya hasta los confines del Mediterráneo Oriental. La relación del símbolo con la masonería es tan estrecha que cualquier masón medianamente instruido sería capaz de encontrar las huellas de sus hermanos en cualquier ámbito en que estos se hayan desempeñado.

A partir del siglo XVII estas corporaciones de constructores comenzaron a admitir en su seno a hombres ajenos al «oficio». Se los llamó «*masones aceptados*». Por la misma época, la francmasonería comenzó a desarrollar temas provenientes de algunas corrientes místicas y mágicas surgidas en el Renacimiento, tales como la Cábala judía, la Alquimia y el cuerpo de doctrina denominado Hermetismo. Pero sin lugar a dudas, la corriente esotérica que más impactó en la francmasonería fue la de los rosacruces. Muchos autores creen firmemente que las ideas rosacruces transplantadas a Inglaterra en el siglo XVII fueron el verdadero origen de la masonería «especulativa», es decir, la conformada por masones «*aceptados*».

A diferencia de la francmasonería, la Orden del Temple tiene un origen cierto y una historia ampliamente documentada. Nacida como consecuencia de la primera peregrinación armada a Tierra Santa, fue creada por un grupo de nueve caballeros provenientes en su mayoría de Champagna, liderados por Hugo de Payens, cuyo objetivo inicial fue el de amparar y proteger a los peregrinos.

En el año 1118 el rey Balduino II cedió parte del «*Templum Salomonis*» a la naciente orden militar cuyos caballeros fueron llamados, por ese motivo, con el nombre de «*Caballeros Templarios*». Apenas pocos años después ya se contaban en número de 300 y gozaban de grandes privilegios concedidos por el monarca.

En un principio, su organización fue similar a la del clero regular. Observaban votos de pobreza, castidad y obediencia y se encontraban sometidos a la autoridad del Patriarca de Jerusalén. En 1128, con el apoyo de San Bernardo, el líder más carismático e influyente de toda la cristiandad, el Concilio de Troyes aprobó su regla y la orden quedó establecida en su doble condición de monástica y militar.



En las caballerizas del antiguo Templo de Salomón —sobre el que los musulmanes establecieron la Mezquita de Al Aqsa— los Caballeros Templarios emplazaron su cuartel general en 1118. De allí tomaron su nombre, convirtiéndolo en su símbolo máximo. (Dibujo en papel del Muraqqa Album).

En los siguientes dos siglos la fama de sus guerreros, su capacidad de organización, su poderío económico y su particular petulancia la convirtieron en la más admirada y odiada milicia de todo el mundo cristiano. Poseían preceptorías y encomiendas en toda Europa; participaban activamente en la reconquista de España y acumulaban tal riqueza que pronto les permitió crear un sistema de letras de cambio, precursor de la banca privada.

Con la caída de Jerusalén se replegaron a sus castillos sobre la costa Palestina. Luego debieron abandonar Tierra Santa y se constituyeron en la Isla de Chipre. Pero a principios del siglo XIV fueron acusados de herejía y prácticas infamantes. En Francia, sus jefes fueron encarcelados, torturados y quemados en la hoguera. El viernes 13 de octubre de 1307 todos los templarios de Francia fueron apresados y encarcelados. Siete años después, el 18 de marzo de 1314, su último Gran Maestre, Jacques de Molay junto a Godofredo de Charney fueron quemados por herejes relapsos en la ribera del Sena.



El viernes 13 de octubre de 1307 todos los templarios de Francia fueron apresados y encarcelados. Siete años después, el 18 de marzo de 1314, su último Gran Maestre, Jacques de Molay junto a Godofredo de Charney fueron quemados por herejes relapsos en la ribera del Sena. (Jaques de Molay, en un grabado de Ghevauchet del siglo XIX).

Desde hace siglos los masones se proclaman herederos del Temple. ¿Qué hay de cierto en esto? ¿Pudo acaso la tradición templaria sobrevivir oculta en las logias masónicas? La primera respuesta hay que buscarla en la propia francmasonería.

La tradición masónica abunda en referencias a los cruzados y a los templarios, lo cual resulta lógico si se tiene en cuenta que el eje de la tradición masónica gira alrededor de la construcción del Templo de Salomón. En efecto, los grados de «*Aprendiz Masón*» y «*Compañero Masón*» son



CAPÍTULO V

Los cluniacenses en Jerusalén

1. EL DEFENSOR DEL SANTO SEPULCRO

Uno de los puntos más oscuros de la historia de la primera cruzada concierne a las circunstancias de la elección de Godofredo de Bouillón como su primer gobernante secular. Inmediatamente después de la caída de Jerusalén, acaecida el 14 de julio de 1099, se desató una febril discusión entre eclesiásticos y barones acerca de si la ciudad debía ser gobernada por un clérigo o uno de los líderes militares de la expedición.

La cuestión no era menor, puesto que lo que se decidía, en definitiva, era si el incipiente Reino Latino de Jerusalén debía ser un estado religioso o laico. La facción clerical aparecía gravemente debilitada. En primer término porque el legado papal, Ademar de Monteil, había muerto durante la expedición al igual que Guillermo, obispo de Orange. Otros hombres virtuosos habían quedado en el camino o ya ocupaban cargos en las ciudades conquistadas en la marcha hacia Jerusalén. Los que quedaban, Arnulfo, obispo de Marturano y Arnulfo de Rohens, apodado «*Malecorne*», eran sencillamente impresentables.

Existe consenso entre los historiadores en que la opción se redujo a dos candidatos: El duque Godofredo y el conde Raimundo. Las crónicas hablan de un grupo de «electores» cuyos nombres nunca se supieron, a los que se les encomendó la misión de evaluar profundamente los antecedentes

de cada uno de estos grandes jefes. Estos hombres, luego de compulsar bajo juramento la opinión que los vasallos tenían de sus respectivos príncipes, decidieron de manera unánime ofrecer la corona de Jerusalén a Godofredo de Bouillón. Aceptó, pero pidió que lo llamaran con el título de «*Defensor del Santo Sepulcro*». ¿Quiénes eran estos hombres? No lo sabemos, pero debió tratarse de gente singular, puesto que lo que se elegía era al rey de Jerusalén.

Cabe resaltar la exasperación que ha causado a todos los historiadores la absoluta ausencia de datos en torno a cómo estuvo compuesto ese colegio electoral y cuáles fueron los procedimientos que realmente se emplearon para tomar la decisión final.

No parece haber dudas acerca de las virtudes del elegido. Las crónicas antiguas coinciden en esta cuestión. Jacques de Vitry escribía hacia fines del siglo XII: «...eligieron por unanimidad como señor de la ciudad santa a Godofredo señor de Bouillón, caballero valiente, agradable tanto a Dios como a los hombres... Lleno de respeto por el Señor y humilde de corazón, no quiso ser llamado rey ni llevar corona de oro en el lugar donde el Señor había sido coronado de espinas para nuestra redención y para la salvación del mundo»¹ Otro tanto decía Guillermo de Tiro, que en sus crónicas resalta las virtudes religiosas de Godofredo, señalando la incomodidad que a veces representaba para sus súbditos esperarlo con la mesa servida mientras él permanecía largas horas en profundo recogimiento y oración.

Su reinado duró apenas un año. Le alcanzó para infringir una derrota casi definitiva al «*almirante de Babilonia*», Al Afdal, frente a las murallas de Ascalón. En ese breve lapso fueron muchos los que —una vez cumplida su promesa de liberar el Santo Sepulcro— regresaron a Europa. Aun así batalló sin descanso, trató de conformar a todos y demostró ser un buen organizador. No estaba sólo «...*Había llevado con él monjes de claustro, hombres religiosos de valor, notables por sus santas obras, que*

¹ Jacques de Vitry; «*Historia de las Cruzadas*», Buenos Aires, Eudeba, 1991 p. 43.

En este esquema, la creación de la Orden del Temple respondía a la necesidad de contar con un brazo armado de la supuesta restauración basada —como hemos dicho— en la legitimidad de las aspiraciones de Godofredo al trono de Jerusalén, sustentada en el origen merovingio de su linaje.

Como generalmente ocurre, en este tipo de literatura se aportan como pruebas y documentos algunos hechos importantes de rigurosa compro-



Se pretende que Godofredo de Bouillón fundó una misteriosa Orden a poco de conquistar Jerusalén, emplazando sus cuarteles en los terrenos de una antigua iglesia Bizantina sobre el Monte Sión, en el lugar del Cenáculo donde Jesús y sus discípulos participaron de la Última Cena. Esta Orden —que luego se denominaría con el nombre de «Priorato de Sión»— tenía por objeto restablecer el reino de los merovingios desplazando el eje de la cristiandad desde Roma a Jerusalén convirtiendo a esta última en la capital de un nuevo imperio cristiano. (La abadía del Monte Sión en un grabado del siglo XIX).

CAPÍTULO VI

Los constructores de catedrales

1. LAS GUILDAS MEDIEVALES

El mundo que vio nacer a las primeras logias de masones libres estaba sumergido en profundas transformaciones. Durante el siglo XII, mientras en Oriente los cruzados construían un nuevo reino cristiano, en Occidente las logias de constructores libres comenzaban a esparcirse.

El gran cambio que sufre la sociedad medieval del siglo XII tiene como fenómeno central el resurgimiento de las ciudades. El nacimiento de la ciudad medieval está directamente relacionado con los orígenes de la francmasonería, por cuanto «*la logia*» es un producto urbano y su existencia se origina y fortalece paralelamente al desarrollo de la burguesía. El icono más representativo de esta transformación es la catedral y aunque en ella convergen esfuerzos provenientes de distintos estamentos de esta nueva sociedad emergente, la logia es la «*fábrica de la catedral*». La imagen del francmasón ha quedado definitivamente vinculada al fenómeno catedralicio.

En medio de esta transformación, las corporaciones de albañiles y canteros —que habían surgido como consecuencia de las grandes construcciones abaciales del arte románico, acompañando a los contingentes de monjes cluniacenses en las rutas de peregrinación— desarrollaron una estructura que los agrupaba y a la que denominaron «logia».

Estas estructuras se convirtieron en depositarias de un conocimiento de naturaleza misteriosa. Sus integrantes fueron los primeros en comprender el poder que encerraban los números, las formas y las proporciones. En las catedrales que construían podían experimentar con tensiones y empujes, calcular posiciones astronómicas, combinar las luces y los colores en las vidrieras, fijar imágenes en los relieves y establecer los símbolos de una nueva civilización de piedra.

La movilidad de los maestros masones, que se desplazaban de obra en obra, pronto permitió un profundo intercambio de ideas y de tradiciones, una conjunción de «espiritualidades» que constituyeron la particularidad de la francmasonería.

2. LOS SECRETOS DEL «ARTE»

Este valor agregado es el que terminaría marcando la diferencia entre las logias masónicas (los *free stone masons*) y las corporaciones de oficios atadas al control territorial de los municipios. A diferencia de estas últimas, las logias agrupaban artistas y artesanos cuyo carácter itinerante los colocaba fuera del alcance municipal, pero principalmente de la vigilancia estricta de la Iglesia.

La principal característica de los hombres que integraban estas sociedades era su condición de hombres libres. No estaban sometidos a vasallaje ni se encontraban bajo ninguna forma de servidumbre o esclavitud. Su condición de miembros de la logia dependía, sin embargo, de un juramento que prestaban ante la autoridad comunal que confería «patente» al gremio itinerante.

Esta reglamentación primitiva mediante la cual los integrantes de una logia se comprometían a respetar las reglas del oficio se desarrolló hasta alcanzar una gran complejidad. No se trataba sólo de la práctica que correspondía al oficio, sino también de una moral con características propias, tal como la encontramos en las primeras

CAPÍTULO VII

La «Tradición Iniciática» y la francmasonería

I. DE LA MASONERÍA OPERATIVA A LA FRANCMASONERÍA ESPECULATIVA

Hacia la segunda mitad del siglo XVI, la francmasonería inglesa comenzó una etapa de transformación, tanto en su forma como en su espíritu. El arte gótico fue paulatinamente remplazado por el arte y la arquitectura italianos. Esta creciente influencia del denominado «*estilo de Augusto*», habría de producir profundos cambios en el modo de concebir la arquitectura por parte de los francmasones ingleses.

Pero el cambio más importante se estaba operando subterráneamente en el corazón de las logias como consecuencia de la creciente presencia de miembros honorarios, o «masones aceptados» en el seno de los talleres. ¿Qué sucedía en la francmasonería inglesa por aquellos años?

En 1558, apenas asumido su reinado, Isabel I (1558-1603) reimplantó una antigua ordenanza que impedía la reunión de asambleas ilegales o de asociaciones secretas, bajo pena de acusar de rebelión a quienes participaran de tales actos.

No era la primera vez que en Inglaterra se promulgaban ordenanzas que prohibían la actividad de gremios de artesanos. Desde 1360 existen

antecedentes acerca de la prohibición de juramentos o asambleas secretas en las corporaciones de oficio, prohibiciones de las que, obviamente, no estaban exentos los francmasones. En 1495 se había prohibido a los obreros y artistas el comunicarse por medio de palabras y toques secretos.

Pero ya en 1548, las corporaciones de francmasones habían logrado cierta libertad para ejercer el oficio en todo el territorio de Inglaterra pese a la reticencia de algunas ciudades, como Londres.

Con Isabel se planteaba un retroceso en este sentido, a tal punto que, el 27 de diciembre de 1561, la reina intentó disolver una asamblea de masones de la ciudad de York, reunidos con el objeto de celebrar la fiesta solsticial. Desde tiempos remotos, los masones solían reunirse en una fecha cercana al solsticio de invierno, coincidente con la festividad de San Juan a fin de elegir a sus autoridades y tratar los asuntos de la corporación.

La represión pudo ser impedida por la acción del Gran Maestre, lord Thomas Sakville, quien le garantizó a la reina, con su presencia, la lealtad de los asambleístas. Se atribuye justamente a Sakville haber incentivado a muchos hermanos a viajar a la península itálica y es posible que esta actitud se debiera a un intento por revertir la decadencia de la actividad arquitectónica en Inglaterra.

En la medida en que el interés por la arquitectura italiana crecía entre los ingleses, más y más masones emprendían viajes de estudio a Italia, país del que retornaban, trayendo consigo el fruto del aprendizaje y la investigación. Pero también las nuevas ideas filosóficas que habían surgido en el Renacimiento Italiano, vinculadas con tradiciones herméticas, mágicas y cabalísticas.

Este conjunto de ideas se denominó genéricamente *«filosofía oculta»*. Francis Yates lo describe como un sistema de conceptos construidos con elementos del hermetismo en la visión del filósofo Marcilio Ficino, más la influencia de una versión cristianizada de la cábala judía, cuyo principal

exponente fue el gran Pico de la Mirándola.¹ Estas ideas tuvieron profundo impacto en la francmasonería, donde fueron introducidas por la creciente incorporación de «*masones aceptados*».

2. LA TRADICIÓN HEBREA EN LA MASONERÍA

Podemos dividir la tradición masónica en tres grandes ciclos que aparecen en épocas diferentes. La primera y más antigua es la tradición noaquita o antediluviana; la segunda es la salomónica y corresponde al ciclo de Hiram Abí y la construcción del Templo de Salomón y la tercera es cabaleresca, neotestamentaria y cristiana.

Las dos primeras trasuntan una gran influencia de la cábala hebrea. Los documentos masónicos medievales, sobre los que ya hemos hecho referencia, contienen citas que remontan la tradición a tiempos antediluvianos. Esto ha dado lugar a una masonería «*noaquita*» que refiere a Noe y —por lo tanto— a los tiempos anteriores a la revelación mosaica. Algunos grados y órdenes masónicas mantienen esta tradición noaquita, como la «*Orden de los Marineros del Arca Reab*», y los grados 13° y 21° del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, denominados «*Real Arco*» y «*Caballero Noaquita*» respectivamente.

Noe, al igual que Hiram Abí, es un constructor. El Arca es equivalente al Templo y ambos recuerdan la Alianza establecida con Dios. Estos mismos manuscritos —por caso el ya mencionado Cook— dicen que los hijos de Lamec grabaron todas las ciencias en dos columnas ancestrales a fin de que se salvaran del Diluvio. A Jabel, su primogénito, se le atribuye haber inventado la geometría y creado la masonería.

El mencionado grado 13° «*Real Arco*» rescata una leyenda similar y atribuye a Enoch el haber grabado el nombre de Dios en una piedra triangular de ágata —llamada «delta»— con caracteres o símbolos que lo

¹ Yates, Frances A.; «*La filosofía oculta en la época isabelina*» (México, Fondo de Cultura Económica, 2000) p. 11.

CAPÍTULO VIII

Ramsay y la Tradición Escocesa

1. EL CONTEXTO EUROPEO

Durante el período comprendido entre el siglo XVI y el XVII, la sociedad europea sufre una profunda crisis religiosa.

Inglaterra —país en el que se establece formalmente la primera Gran Logia de masones libres y aceptados, en 1717— se verá afectada, no sólo por los profundos conflictos religiosos iniciados con la Reforma y seguidos con la ruptura entre Enrique VIII y Roma, sino también por una interminable sucesión de guerras entre las distintas casas reales que gobernaron el reino a lo largo de ese extenso período de tiempo. Dice Tort-Nougès: *«...el problema que se plantea a los hombres de esta época, primero en el siglo XVI y en el XVII, en Europa en general y en Inglaterra en particular, es la ruptura de la unidad cristiana, el cisma religioso de Europa, como consecuencia de la Reforma... Esta dramática ruptura provoca conflictos y guerras, que asolan toda Europa y destrazan a los hombres de esta época...»*¹

El violento quiebre de la unidad cristiana debió impactar en las logias de francmasones cuya historia, origen y sentido, estaban fuertemente anclados en el catolicismo romano. El trágico proceso de la Reforma,

¹ Tort-Nougès, Henri; *«La Idea Masónica; Ensayo sobre una filosofía de la Masonería»*; (Barcelona Ediciones Kompas 1997); pag 19.

disparado por la excomunión de Martín Lutero en 1521 y la posterior «*Confesión de Augsburgo*» de 1530, tendría inmediatas consecuencias para la cristiandad, y para la masonería. En Inglaterra, el monarca reinante, Enrique VIII, se alineó en un principio con Roma y exigió al Emperador del Sacro Imperio «*mano dura con Lutero*». El papa León X —en una muestra de la relación que existía entre el rey y la Iglesia— llega a concederle el título de «*Defensor Fidei*», en mérito a su escrito sobre el misterio de los «*Siete Sacramentos*». Pero la situación se modificó radicalmente como consecuencia de la conocida demanda de Enrique VIII que exigía de Roma la disolución de su matrimonio con Catalina de Aragón, que no había podido darle una sucesión masculina.

Pese a la resistencia de su canciller, Tomas Moro (1478-1535) y del cardenal John Fisher (1459-1535) —ambos ejecutados a raíz de su oposición a la supremacía eclesiástica del rey— Enrique VIII se convierte, en 1534, mediante el llamado «*Acto de Supremacía*», en Jefe de la Iglesia Anglicana. «*Seguía así —dice Günter Barudio²— a sus vecinos del norte, Dinamarca y Suecia, fundando con una serie de medidas una iglesia estatal que garantizaba al rey la posición de «summus episcopus» y le convertía en soberano absoluto de la Iglesia en las cuestiones religiosas y, sobre todo, en los asuntos relativos a la propiedad.*

Su nueva esposa, Ana Bolena —que seguiría a Moro y Fisher en el camino del cadalso— le dio una hija que reinó con el nombre de Isabel I, pero la imposición de su derecho sucesorio costó «un elevado tributo de sangre». La acción de Enrique VIII trajo a Inglaterra graves enfrentamientos religiosos y dinásticos que se prolongarían durante los próximos dos siglos, dando nacimiento a los conflictos entre «*Estado Nacional*» e «*Iglesia Universal*», y entre «*Iglesia Nacional*» y «*Autonomías Regionales*».

En el transcurso de estos dos siglos, Inglaterra se convirtió en el Reino Unido, incluyendo a Irlanda desde 1534 y a Escocia desde 1707. En ese lapso se sucedieron, una tras otra, las casas Tudor, Estuardo, Orange y

² Barudio, Günter; «*La Época del Absolutismo y la Ilustración*»; (Historia Universal Siglo XXI), pag. 296, 297.

Hannover, amén de revoluciones, guerras diversas y hasta una República efímera. Pero fue también una época signada por grandes descubrimientos científicos y una profunda transformación de las ideas que darían nacimiento a la ciencia moderna. Como ya hemos visto, muchos de aquellos hombres que formaron la Real Sociedad mantenían vínculos estrechos con los círculos masónicos y rosacruces.

La francmasonería, en plena transición, no podría haberse abstraído de estos conflictos, pese al aséptico cuidado que dirigentes como James Anderson y Jean Theophile Désaguliers tuvieron al establecer los antiguos linderos y escribir las Constituciones que regirían la nueva etapa de los masones «*libres y aceptados*». Y si bien estas constituciones, herederas legítimas de los antiguos documentos de la Corporación, conformaron el marco definitivo de la denominada «*masonería simbólica*», no dejan de ser la visión particular que, en su lugar y su tiempo, tuvieron los autores que asumieron la responsabilidad de otorgarle a la masonería moderna su propia versión de sí misma.

2. LA ESCUELA ANDERSONIANA

James Anderson, (1684-1746) —un escocés, doctor en filosofía y notable predicador presbiteriano— fue el compilador del famoso «*Libro de las Constituciones*», una obra que escribió con el apoyo y la supervisión de Jean Theophile Désaguliers (1683-1744), un importante personaje de la Inglaterra de principios de siglo XVIII y Gran Maestro en 1719, sucesor de Jacobo Payne. La obra le había sido encomendada en 1721 por la Gran Logia de Inglaterra, presidida entonces por el controvertido duque de Warthon. En ella debía «...*compilar y reunir todos los datos, preceptos y reglamentos de la Fraternidad, tomados de las Constituciones antiguas de las logias que existían entonces...*»³. La primera edición se cono-

³ La cita es de A. Gallatin Mackey; Enciclopedia de la Francmasonería.

ció en 1723, y hubo, aun, dos posteriores, en 1738 y en 1746. Aunque en la actualidad ningún historiador serio citaría a Anderson como una fuente indubitable en cuanto a su versión de la historia de la masonería, lo cierto es que sobre sus «Constituciones» descansa gran parte del éxito de la masonería moderna. Amado y criticado, Anderson es el paradigma, junto a Désaguliers, de la masonería hannoveriana de principios del siglo XVIII.

En su visión, la Fraternidad tenía un origen inmemorial. Sobre aquella pretérita organización de noble linaje se habían organizado luego las logias operativas medievales, antecedente directo de la Gran Logia de Inglaterra que constituía, por derecho propio, la verdadera y única francmasonería. Sobre la repercusión de su obra conviene citar al historiador francés Bernard Faÿ: «...*El libro, redactado con sumo cuidado, se convirtió pronto en estatuto para cada logia y en breviario para cada masón en particular; todo miembro nuevo debía estudiarlo y se debía leerlo en la iniciación de cada hermano. En todo lugar donde apareciese, durante el siglo XVIII la Constitución de los Francmasones, se fundaban logias y vivía la masonería. La obra fue traducida al francés en 1745; al alemán en 1741; se publicó en Irlanda en 1730; Franklin hizo una edición americana en 1734, y desde entonces, no ha dejado de ser reimpressa...*»⁴

Anderson plantea la continuidad histórica desde las edades míticas, la unidad filosófica, la universalidad geográfica y —lo que es aun más audaz— la unidad de acción de la francmasonería. En el otro extremo Alec Mellor llega a decir que «...*la Orden Masónica no es sino un ideal. La francmasonería no existe, Sólo existen obediencias masónicas...*» La realidad indica que el desarrollo histórico de la francmasonería ha sido desigual en cada país y que, desde la fundación de la masonería moderna, esta se ha fragmentado severamente.

Mientras esto ocurría en las Islas Británicas, la Orden se expandía con rapidez vertiginosa en Francia, país en el que nacerían las primeras estruc-

⁴ Bernard Faÿ, *ob. cit.* pag. 122-123

turas «*filosóficas*» con serias pretensiones de autoridad sobre los grados simbólicos.

Estas estructuras filosóficas desencadenaron una larga y caótica etapa de gran confusión en la Orden. Como veremos, muchas voces de honestos masones se alzaron en contra del verdadero pandemonium de títulos y grados que desvirtuaban —según el criterio de muchos— los antiguos principios de la Corporación y desviaban su objetivo y su razón de ser. Pero la masiva adhesión que estos sistemas concitaron nos debería llevar a reflexionar acerca de las razones que hacían que nobles y burgueses se sintieran cautivados por estos ritos y misterios que anunciaban ser portadores de una tradición arcana y ancestral.

Si la masonería simbólica había sido una monumental herramienta para la construcción de la civilización occidental, la masonería filosófica encarnaba la Tradición con un nuevo rostro. Si la masonería operativa había erigido la inmensa red de catedrales y monasterios que tapizaban Europa, esta otra prometía —en un período de profunda crisis moral y espiritual— la reconstrucción del Templo Interior y la Jerusalén Celeste.

Con el tiempo —y debió pasar mucho— ambas estructuras, la simbólica y la filosófica, encontraron una relación de equilibrio y, posteriormente, una interdependencia cuyo ejemplo más claro es el sistema conocido como Rito Escocés Antiguo y Aceptado, dividido en 33 grados de los cuales el 1º al 3º corresponden a la masonería simbólica y el 4º al 33º a la filosófica. Este sistema contenía en su origen una inmensa riqueza espiritual, producto de haber asimilado, con notable armonía, la esencia de la tradición esotérica judeocristiana unida a la influencia de cierta herencia de las órdenes militares de la Edad Media, en especial la de los Caballeros Templarios, cuyo trágico fin integra la larga lista de escándalos que, no sin esfuerzo, la Iglesia comienza a asumir frente a la historia.

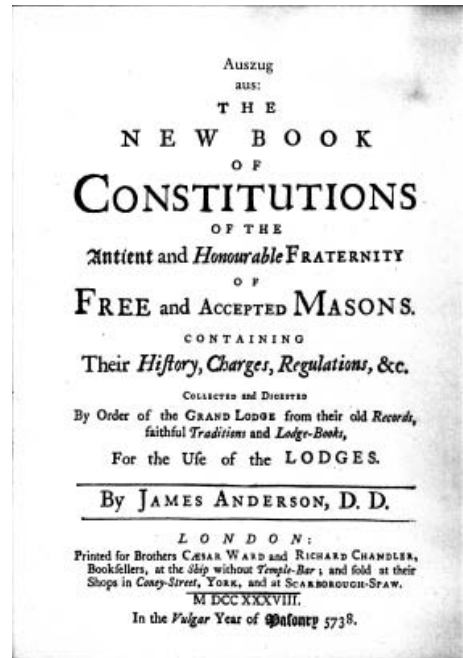
3. LA FRANCMASONERÍA JACOBITA

Hacia 1730, las tensiones entre la francmasonería hannoveriana y la escocesa se habían acrecentado. Londres trataba de mantener su tutela sobre las logias francesas, a la vez que observaba de cerca la actividad de los numerosos estuardistas exiliados en Francia. Se sabía que —al menos desde 1728— las logias masónicas bajo control jacobita mantenían una fuerte presencia en el litoral marítimo francés y en algunas ciudades importantes del interior. En estas logias seguía en aumento la constitución de nuevos capítulos de «*Elegido*», un grado masónico no previsto en los rituales oficiales de la masonería inglesa reorganizada en 1717. La principal preocupación de los ingleses era que en estos capítulos se urdía la trama de la conjura estuardista.

Los ideólogos de la Gran Logia de Londres habían promulgado en 1723 una «*Constitución para los masones aceptados*» en las que se había evitado minuciosamente cualquier referencia a las antiguas tradiciones escocesas acerca de un vínculo «*cruzado*» o «*templario*» en la francmasonería. Con la misma minuciosidad se había suprimido cualquier referencia a la religión católica, a la Santísima Trinidad, y a la Virgen María, referentes habituales en los centenares de reglamentos escritos por las antiguas corporaciones de masones. Todas aquellas advocaciones habían sido eliminadas y reemplazadas por una fórmula más simple que sólo hacía referencia a la «*religión que todos los hombres aceptan*». De este modo, el espíritu protestante de los redactores de aquellas Constituciones —adecuado a las múltiples expresiones que el cristianismo tenía en Inglaterra y, principalmente, a la religión de los príncipes gobernantes de la casa Hannover— había desplazado la antigua tradición romana de los canteros.

En cambio, los masones de Escocia e Irlanda, así como muchos masones ingleses, mantenían aquella tradición, a la que habían sumado la conciencia de una antigua herencia que se remontaba a los tiempos de las cruzadas. A ello hay que incluir la acción de los rosacruces que habían agregado no pocos elementos provenientes de su propia doctrina. Estos hombres constituían en su conjunto la elite jacobita exiliada en Francia.

Imposibilitados por los acontecimientos políticos y transplantados desde sus propias tierras insulares al continente, nada podían hacer para imponer su visión de la tradición masónica en Inglaterra. Allí, la batalla había sido ganada por lo que Bernard Faÿ denomina «*La conspiración de los pastores*», en obvia alusión al carácter protestante de la cúpula política de la Gran Logia de Londres.



James Anderson es el paradigma, junto a Jean Theophile Désaguliers, de la masonería hannoveriana de principios del siglo XVIII. En su visión, la Fraternidad tenía un origen inmemorial. Sobre aquella pretérita organización de noble linaje se habían organizado luego las logias operativas medievales, antecedente directo de la Gran Logia de Inglaterra que constituía, por derecho propio, la verdadera y única francmasonería. (James Anderson, autor de las «Constituciones de los libres y aceptados masones de Inglaterra» de 1723 y la modificación de 1738.) y (Portada original de las «Constituciones» de 1738).

En Francia, en cambio, habían encontrado el camino abierto para sus tradiciones y un suelo fértil. Se podría decir más que eso: Un campo arado.

La masonería hannoveriana había actuado rápidamente y ya hacia 1725 funcionaban logias en París bajo los auspicios de la Gran Logia de Londres. El éxito había sido rotundo. Pero no pudo evitar la presencia y la influencia de la francmasonería jacobita, que había logrado gran ascendencia en la nobleza francesa y cierta sintonía en la supervivencia de algunas antiguas tradiciones en la masonería operativa gala, similar —en algunos aspectos— a la antigua tradición insular.

4. AVANCES DE LA TRADICIÓN «ESCOCESA» EN FRANCIA

Para 1735 la ecuación parece volcarse hacia la masonería jacobita.

Por entonces, la diferencia fundamental entre ambas corrientes masónicas se centraba en el concepto de «*caballería cristiana*», en el simbolismo templario —propio de los *escoceses*— y en su perfil marcadamente católico. Mantenían una política selectiva, dirigida principalmente a la captación de nobles y religiosos, pero evitaban la presencia de toda connotación «*cruzada*» en los grados simbólicos, reservándola para las cámaras capitulares en manos de la aristocracia.

Introducida esta diferencia, comienza a formarse una nueva jerarquía masónica que actúa por encima de la estructura tradicional de los tres grados simbólicos. André Kervella afirma que mientras en la masonería simbólica el reclutamiento era bastante libre —se permite el ingreso de comerciantes y de la alta burguesía—, en la segunda respondía a un deseo de selección, «*de elitismo pronunciado*», de allí la imagen de «*elegido*». Las logias que trabajaban en los regimientos estuardistas estacionados en Francia parecen haber tenido un papel preponderante en la incorporación de nuevos adeptos, principalmente entre militares —nobles en su mayoría— tanto franceses como de otras nacionalidades, en campaña sobre el Rhin y en Italia.

Por otra parte la aristocracia militar francesa, que simpatizaba con la causa estuardista, comienza a emular el espíritu de aquellas logias militares escocesas, formando una suerte de *«telón de fondo sobre el cual se destaca ya una versión rudimentaria de lo que luego se denominaría escocismo»*. Kervella menciona a modo de ejemplo los regimientos de Bonnac de Boulonnais y de Traisnel, cuyos capitanes eran *venerables* de las logias de dichos cuerpos militares.⁵

Los *escoceses* estaban muy cerca de controlar la masonería francesa. Pero debían introducir cambios en su propia *«Constitución»* si pretendían asegurarse un contexto acorde con sus tradiciones. Como hemos dicho, en la base del «mito» masónico *escocés* existía un fuerte cristianismo que daba sentido y estructura a todo el edificio. Había en ellos un ideal de restauración, de retorno a la antigua caballería cuyo objeto —desde siempre— se había centrado en la construcción de un Imperio Cristiano. De allí su espíritu de cruzada, identificado y trasladado en este caso a su propia *«epopeya nacional»*, su imperativo inmediato: El restablecimiento de la dinastía católica de los Estuardo en el trono de Inglaterra.

En 1735 se redactaron *«Los antiguos deberes y ordenanzas de los masones»* en los que se incluye una frase que contrasta radicalmente con las Constituciones inglesas. Ya no se habla de la *«religión que todos los hombres aceptan»* sino de *«la religión cristiana en la que todo hombre conviene»*.

No era una diferencia menor si se tiene en cuenta el carácter «universal» que desde un principio se le pretendió otorgar a las *«Constituciones de Anderson»*. La redacción de este documento constituyó un hecho de la mayor importancia, cuyas consecuencias se verían de inmediato y afectarían a la francmasonería durante largo tiempo.

Su importancia puede medirse desde varios ángulos, todos ellos relevantes:

⁵ Kervella, André; *«La Maçonnerie Ecossaise dans la France de l'Ancien Régime; les années obscures 1720-1755»* (Ed. du Rocher, 1999), p. 130.

El primero tiene que ver con la fe de los redactores y su interpretación de las tradiciones corporativas de la francmasonería, porque al establecer el carácter restrictivo de una masonería cristiana, los «*escoceses*» aseguraban el camino a sus tradiciones templarias en la naciente francmasonería francesa, que ahora controlaban.

El segundo es revelador: Una gran cantidad de clérigos formaban parte de la francmasonería «*escocesa*». Muchos de ellos eran monjes benedictinos y —como veremos— los abades franceses jugaron un rol fundamental en la expansión de la masonería «*capitular*» en Francia. Tan importante como el que habían tenido en los tiempos pretéritos de las logias medievales. ¿Cómo no imaginar la influencia benedictina en la incorporación del carácter «cristiano» de la nueva regla?

Desde otro ángulo, no menos importante, puede decirse que se estaban sentando las bases para la creación de una masonería verdaderamente francesa, independiente de la Gran Logia de Londres.

El documento de 1735 lleva el título de «*Les devoirs enjointes aux maçons libres*». Parece continuar con las «*Constituciones*» de Anderson, sin embargo, surge claramente la diferencia planteada en la que el perfil cristiano de la francmasonería francesa queda abiertamente expuesto, en contraposición al texto «deísta» de Anderson.⁶

El manuscrito ofrece otros puntos de interés para nuestro estudio. Las primeras quince páginas reproducen los denominados «*Deberes ordenados a los masones libres*». Luego, se transcriben los «*Reglamentos Generales*» establecidos oportunamente por Felipe, duque de Wharton, Gran Maestro de las logias de Francia. Pero el texto anuncia «*cambios hechos por el actual Gran Maestro, Jacques Héctor Maclean, caballero Baronet de Escocia, y a quien han sido*

⁶ Algunos autores —principalmente Alec Mellor— han querido ver una antítesis entre el documento inglés de 1723 y el francés de 1735. Este manuscrito, se encuentra en la Biblioteca Nacional en París, en el Departamento de Manuscritos, bajo el N° de adquisición 20240. Su marca es F. M. 146. Fue propiedad de importantes coleccionistas hasta que fue subastado en Amsterdam en 1956. Una síntesis del mismo puede consultarse en la obra de Alec Mellor ya citada: «*La Desconocida Francmasonería Cristiana*».

concedidos con la aprobación de la Gran Logia en la gran asamblea celebrada el 27 de diciembre de 1735, día de San Juan Evangelista, para dar reglas a todas las logias de dicho reino».

Más adelante, el propio Macleane se encarga de explicar las razones de estos «cambios»: «...Como desde el gobierno del Muy Venerable Gran Maestro, el Muy Alto y Muy Poderoso príncipe Felipe, duque de Wharton, par de Inglaterra, se había descuidado desde hace algún tiempo la exacta observancia de los reglamentos y deberes a que están ligados los francmasones, bajo gran perjuicio de la orden de la masonería, y de la armonía de las Logias, nos, Jacques Héctor Macleane, caballero Baronet de Escocia, actual Gran Maestro... hemos ordenado los cambios que hemos considerado necesarios en las reglas que han sido establecidas por nuestro predecesor etc.»

Sus dichos se ven confirmados por el análisis histórico. Bajo el período de influencia hannoveriana, la masonería francesa había reclutado en exceso gentes de la pequeña burguesía, y se inclinaba peligrosamente a la frivolidad, cuando no a la grosería. Los *escoceses* —en la medida que crece su influencia— se proponen adecuar la francmasonería a sus fines, reaccionando contra esta incipiente y peligrosa vulgarización, junto con la nobleza local y los espíritus más ilustrados.⁷ La ascendente influencia jacobita también se percibe en la introducción de elementos del imaginario caballeresco, tales como el uso de la espada, los pactos de sangre, los guantes para la dama (propios del amor cortés, la disciplina militar, la fidelidad, el honor, etc.). Por otra parte, la restauración moral de la Orden será uno de los ejes sobre el que se articula —como veremos— el «discurso de Ramsay».

El documento se encuentra firmado por el propio Macleane y por el conde Derwetwater. Al lado de su firma se agrega «*Por orden del Muy Respectable Gran Maestro: el abad Moret, Gran Secretario.*» Exciten indicios que

⁷ Marcos, Ludovic; *Histoire du Rite Français au XVIIIe Siècle*, Ver en particular el Cap. III, «Las evoluciones rituales de la masonería francesa en el siglo XVIII».

permiten pensar que este Moret era un abad irlandés que, habitualmente, se encargaba de ejecutar las órdenes de lord Derwentwater.⁸

Podemos deducir de todo esto que, hacia 1735 la Gran Logia de Francia estaba en manos de los «*escoceses*»; que estos avanzaban decididamente en la cristianización de la francmasonería francesa —condición necesaria para avanzar en la introducción de una tradición «*cruzada*» y «*templaria*» — y que para ello contaban con la colaboración de algunas jerarquías del clero regular.

Otro personaje fundamental en el alto mando jacobita, lord Balmerino, había logrado establecer un importante centro masónico escocés en Avignón, la propia ciudad de los papas. Aunque era la capital del antiguo condado Venesino, —un territorio pontificio gobernado por legados papales con todo el poder temporal y espiritual— la ciudad tenía un perfil cosmopolita y acogía gran cantidad de viajeros, militares y comerciantes de diversos orígenes. La presencia de estuardistas fue habitual desde los tiempos de Jacobo III, quien vivió allí casi un año entre 1716 y 1717.

Hacia 1736, lord Balmerino tenía conformada una logia en Avignón con fuerte contenido aristocrático. Había iniciado al marqués de Calviere y contaba entre sus miembros al padre del marqués de Mirabeau.⁹

5. LA HORA DEL CABALLERO RAMSAY

Desde hacía tiempo se sabía que gran cantidad de nobles y magistrados del reino estaban ingresando en las logias. En Londres el «*Saint*

⁸ Mellor cita dos opiniones en torno a Moret o Moore: un artículo de la «*Revue internationale des Sociétés secrètes*» (R.I.S.S) comenta que «...*En lo concerniente al abad Moret, que firma en calidad de Gran Secretario los procesos verbales de la Gran Logia celebrada en 1735 y 1736, prototipo de esos abades anfíbios que nadan entre las dos aguas clerical y masónica, no hemos podido encontrar ninguna información sobre él. En 1737, según el documento de Estocolmo, existió un nuevo Gran Secretario, llamado J. Moore...*» A lo que Mellor agrega que probablemente Moret y Moore fueran la misma persona, habida cuenta que en la correspondencia de Fleury se hace referencia a «*un abad More, irlandés*», que se encargaba de la ejecución de las órdenes de lord Derwentwater. Ob. cit. 93-94

⁹ Bricaud, Joany; «*Les Illuminés d'Avignon*» (París, Libr. Critique É. Nourry, 1927) pp. 21-36.

James Evening Post» daba cuenta en su edición del 7 de septiembre de 1734 que:

«Desde París sabemos que se ha establecido últimamente una logia de masones libres y aceptados en casa de Su Gracia la duquesa de Portsmouth. Su Gracia el duque de Richmond, asistido por otro distinguido noble inglés, el presidente Montesquieu, el brigadier Churchill... ha recibido a muchas personas distinguidas en esta muy Antigua y Honorable Sociedad»¹⁰

Un año después, el 29 de septiembre de 1735, otra noticia del mismo periódico londinense informaba desde París:

«...que Su Gracia el duque de Richmond y el Reverendo Dr. Désaguliers, antiguos Grandes Maestros de la antigua y honorable Sociedad de los Masones Libres y Aceptados... han convocado una logia...» Luego de mencionar a los presentes —entre ellos el embajador de Inglaterra y el presidente Montesquieu— destacaba que en la reunión habían sido iniciados, entre otros, «Su Gracia el conde de Kingston y el honorable conde de Saint Florentín, Secretario de Estado de Su Muy cristiana Majestad...»

Puede entenderse la prudencia de la policía frente a una sociedad que cobijaba en su seno a ministros y secretarios del propio Luis XV. Sin embargo, en marzo de 1737, Barbier da cuenta en su *Journal* de una decisión del Consejo del Rey:

«...Habiéndose enrolado en esta Orden algunos de nuestros secretarios de Estado y varios duques y señores... Como semejantes asambleas, además secretas, son peligrosas para un Estado siendo que están compuestas de señores... El Señor Cardenal Fleury ha creído un deber sofocar esta Orden de Caballería en su nacimiento prohibiendo a todos esos señores de reunirse y convocar dichos capítulos...»¹¹ Nótese que ya en 1737 se menciona a la francmasonería como una «Orden de Caballería» y se hace referencia a los «capítulos» en vez de «logias». Sin dudas, para

¹⁰ Mellor, *ob. cit.* 146-147.

¹¹ Le Forestier, R.; «L'Occultisme et la franc-maçonnerie écossaises» (Paris, Librairie Académique, 1928) p. 180.

esa fecha, el vocabulario «*escocés*» estaba ampliamente difundido en la francmasonería francesa.

A raíz de este decreto, que en los hechos no produciría mayores consecuencias, los masones «*elegidos*» dejan de concurrir a las tabernas estableciendo sus capítulos en los castillos —donde los nobles asientan sus propias logias— y ¡en las abadías benedictinas!, pues son numerosos los religiosos —en particular del clero regular— que han respondido a la nueva alianza cristiana, y una vez más, están dispuestos a reeditar el antiguo sueño.

En el año 1737 las presiones políticas se han incentivado. La policía sigue de cerca la actividad de las logias pero no se anima a actuar por temor a crear conflictos con la aristocracia o con los dignatarios del gobierno. Es hora de actuar y el alto mando de la masonería jacobita se decide por la estrategia más audaz: Charles Radcliffe, lord Derwentwater, es electo Gran Maestre de las logias de Francia y todos los dignatarios que lo acompañan responden al movimiento *escocés*. El control es total.

Con un salto hacia delante, los escoceses intentan, en una sola acción, tentar al mismo Luis XV ofreciéndole la Gran Maestría, detener cualquier posibilidad de represión y enviar un claro mensaje a Roma. El elegido para llevar a cabo la tarea es —al igual que Dewentwater— un jacobita, escocés y católico, que ocupa el cargo del Gran Orador en la Gran Logia francesa; lo llaman «el caballero Ramsay». Este hombre cambiaría el curso de la historia de la francmasonería. El personaje es merecedor de una breve biografía.

Michael Andrew Ramsay nació en la ciudad escocesa de Ayr —cabecera de la Provincia del mismo nombre— en 1686. Tómese nota que la antigua capital de Ayr había sido Kilwinning, asiento de una abadía fundada hacia el año 1140 por monjes benedictinos. Convocados por Hugues de Morville, lord Cunningham, para que constituyeran allí un monasterio bajo la Regla de San Benito, estos monjes formaron una logia de masones cuya fama se extendió por toda Escocia. La iglesia de la abadía estaba

dedicada a San Winnin, hombre piadoso que había vivido en esa región en el siglo VIII, y del cual tomó su nombre la villa cercana. Como se recordará, la leyenda refiere que muchos de los caballeros templarios que combatieron en la batalla de Bannockburn en 1314 encontraron refugio en aquella abadía cuya logia los recibió, asimilando junto con ellos la tradición propia del templarismo. Esta tradición, que daría un sesgo particular a la francmasonería escocesa tuvo su punto de partida en la tierra de la que justamente provenía Ramsay.



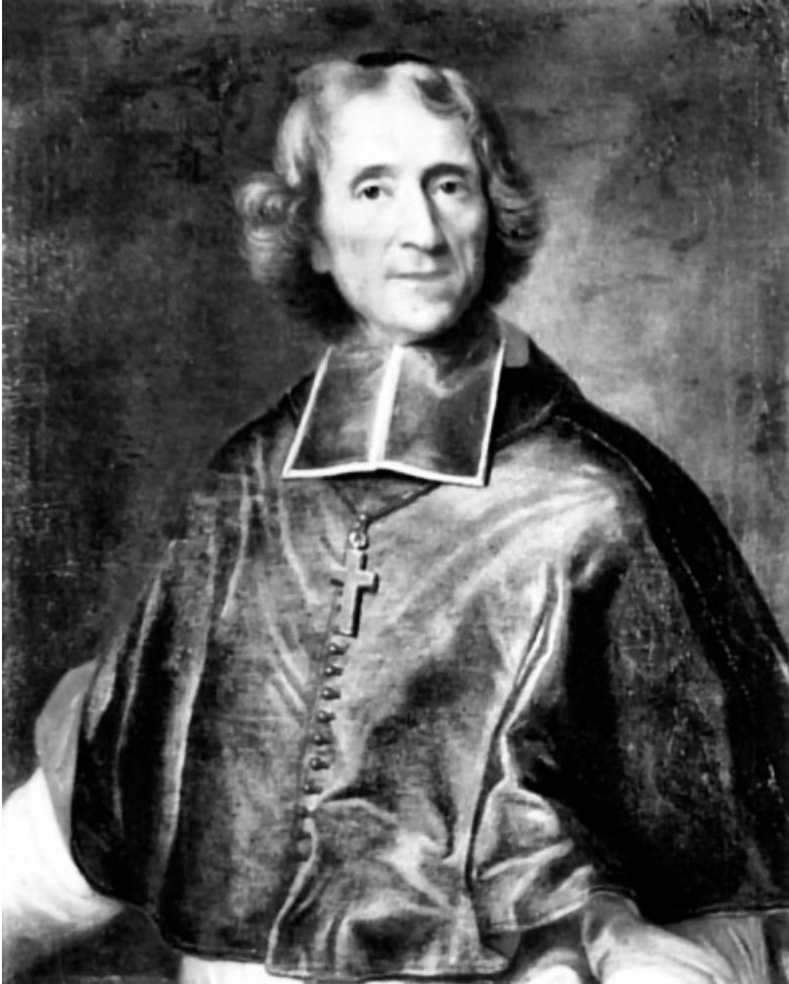
La familia Radcliff tuvo una participación fundamental en la resistencia estuardista y muy especialmente en la organización de la masonería católica en francia. Charles Radcliff lord Derwenetwater, Gran Maestre de Francia, fue decapitado en la Torre de Londres en 1746. Sus hermanos mayores Francis y James (en el retrato) ya habían muerto por la causa estuardista en las rebeliones de 1715.

Se conoce muy poco acerca de su juventud salvo que su padre era un panadero presbiteriano. Cursó sus estudios en la escuela de su ciudad natal y luego en la Universidad de Edimburgo. En aquellos primeros años sería preceptor de los hijos del conde de Wemyss. Luego viajó a Holanda en momentos en que su vida estaba signada por la duda religiosa, por el deseo de interiorizarse acerca de las numerosas corrientes espirituales que por entonces agitaban Europa y, sin duda, por un espíritu aventurero e inquieto. Hay quienes creen que durante su permanencia en Holanda sirvió en el ejército inglés de los Países Bajos, mientras que otros lo sindicaron como un espía¹².

Primero se convirtió en discípulo del pastor Poiret —ministro francés que se había instalado en Rheinsbourg— iniciando una etapa de ferviente misticismo y defensa del cristianismo. Sin embargo, su definitiva conversión al catolicismo vendría luego de 1709, año en que conoce a Fenelón y queda profundamente impactado por sus enseñanzas, de las que se convertiría en fervoroso devoto. La cercanía con la alta aristocracia y con los personajes que rodeaban al «*Cisne de Cambrai*» creó el contexto adecuado para que se destacara por su elocuencia, sus escritos y su particular personalidad. El duque de Orleans —por entonces Regente de Francia— le confirió el título de caballero de la Orden de San Lázaro.

La muerte de Fenelón, ocurrida en 1715, fue un duro golpe para Ramsay. En los años siguientes se dedicó a publicar las obras de su maestro, «*Los diálogos de la Elocuencia*» y «*Telémaco*» y en 1723 publicó su «*Vida de Fenelón*», cuyo éxito obligó a la impresión de varias ediciones. Ya era un personaje famoso en Francia e Inglaterra, cuando se convirtió en preceptor del duque de Chateau-Thierry, futuro príncipe de Turena, a quien dedicó su obra «*Viajes de Ciro*». Convocado por Jacobo III viajó a Roma para desempeñarse en el cargo de preceptor de Carlos Eduardo Estuardo. Pero decepcionado con las intrigas con las que debía convivir en la corte, regresó a Francia, donde fue protegido por los duques de Bouillon hasta su muerte. A lo largo de su vida obtuvo importantes reconocimientos:

¹² Faÿ. *ob. cit.* p. 194.



Francisco de Salignac de la Mothe, nació en el castillo de la Mothe-Fénelon en 1651. Es considerado el maestro de Ramsay, quien publicó algunas de sus obras, entre las que se destaca «Aventuras de Telémaco», una novela que describe la educación del joven Telémaco bajo la guía de la diosa Minerva. En su ensayo sobre «El Antiguo Egipto en las primeras novelas masónicas» Daniel A. Kiceleff afirma que la frecuente mención de Minerva (o Palas Atenea) en el simbolismo francmasónico del siglo XVIII hizo que los masones encontraran un gran paralelo entre la educación moral descrita por Fénelon y sus propias prácticas y aspiraciones. (Óleo de J. Vivien, Pinacoteca de Munich, Alemania)

Fue elegido miembro de la Real Sociedad de Ciencias de Londres y la Universidad de Oxford le confirió un doctorado.

Pero lo que ha convertido a Ramsay en protagonista principal de la trama de conspiraciones, misterios y sociedades secretas de su época son dos discursos pronunciados en el seno de la francmasonería francesa. El

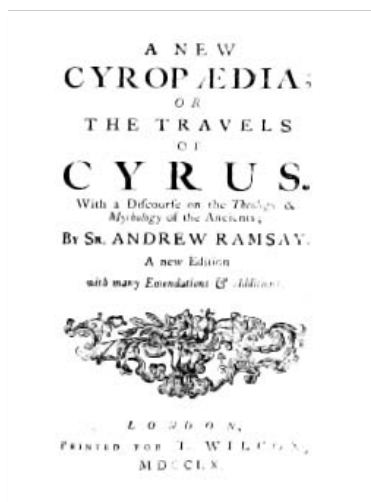


El caballero escocés Michael Andrew Ramsay fue el paradigma de la restauración masónico-templaria del siglo XVIII. Junto con Charles Radcliffe, Jacques Héctor Maclean y otros prominentes estuardistas, organizaron la francmasonería católica francesa y establecieron las bases para el nacimiento posterior del Rito Escocés Antiguo y Aceptado y la Estricta Observancia Templaria. (Antiguo grabado en el que viste atuendo templario)

primero, en la logia de San Juan el 26 de Diciembre de 1736 y el segundo —al que nos referiremos específicamente— en 1737 en la Gran Logia. En ellos remontaría el origen de la francmasonería a la época de las cruzadas, ligándola taxativamente con la nobleza cristiana que conquistó la Tierra Santa. Ambos discursos reivindicaban el vínculo y la responsabilidad de los escoceses en la custodia de una antigua tradición a través de los siglos; una tradición que —según su juicio— debía encontrar en Francia su restauración definitiva.

Ramsay y sus hermanos «escoceses» creían sinceramente que en Francia podía restaurarse la antigua orden. Una Orden Real, heredera de las glorias más sublimes de la cristiandad... ¡Una Orden que reviviera el ideal de la caballería cruzada para unirlo a una nueva moral, una nueva ciencia, un nuevo hombre! Una Orden abrazada por la nobleza, sostenida por la alta burguesía, insuflada por la fuerza de las nuevas ideas, imbuida de la verdadera filantropía: la piedad y el amor de los caballeros de Cristo. Una Orden Real que tuviese al propio rey como su Gran Maestre.

¿No era acaso el Imperio Franco la cuna de los francmasones? Bajo los estandartes de las casas de Lorena, Normandía y Tolosa habían partido



Portada de la edición inglesa de «Los viajes de Ciro» de 1760, escrita por Ramsay en 1727. Se trata de una novela que narra las peripecias de un joven y heroico viajero (Ciro), iniciado en los misterios de los antiguos persas, egipcios y hebreos. Al igual que el «Telémaco» de Fénelon, esta novela de Ramsay contribuyó a restablecer los antiguos misterios en las iniciaciones masónicas de los denominados «Altos Grados»

los ejércitos de la primera gran cruzada. Francia había sido la cuna de Hugo de Payens y de sus hermanos templarios antes de que San Bernardo les diera la regla que los convertiría en «*militia christi*».

El noble auditorio que escuchaba a Ramsay —doscientos de los más ilustres caballeros de Francia— se sentía heredero de los constructores de las primeras catedrales, pero mucho más de aquellos hombres que habían reconquistado Jerusalén y fundado la Orden de los Caballeros Templarios. Para Ramsay, ambas instituciones —canteros y templarios— eran el corazón y el cerebro de la francmasonería.

Su mención a los cruzados no hacía más que poner en manos de la nobleza —ya cautivada por la masonería azul— un vehículo que le permitía soñar con una nueva era en la que el Imperio Cristiano recobrar su gloria y su unidad. La Reforma, la intransigencia de Roma y las guerras de religión habían regado Europa con la sangre de sus más ilustres hijos. El cristianismo se destruía a sí mismo mientras que la francmasonería hablaba de tolerancia y de una herencia cristiana común. Ramsay presentaba a la masonería como la herramienta capaz de construir una nueva Europa cristiana.

6. LAS TENSIONES POLÍTICAS EN TORNO A LA CAUSA JACOBITA

Se hace necesario aquí comprender las fuerzas que se movían detrás de Ramsay. Sin duda —y en primer término— el poderoso movimiento estuardista instalado en Francia desde que Jacobo II fuera depuesto por «*La Gloriosa Revolución*», que había colocado en el trono de Inglaterra a la dinastía de los Hannover. Esta numerosa presencia de elementos masónicos jacobitas agravaba las tensiones existentes en el seno de la francmasonería francesa, en la que ya comienzan a perfilarse dos corrientes profundamente diferenciadas: la liderada por la Gran Logia de Inglaterra de sesgo hannoveriano y protestante y la que emerge en Francia, imbuida

de la tradición escocesa y católica, introducida por los estuardistas exiliados.

Existe otro factor a tener en cuenta y es el delicado equilibrio político entre Inglaterra y Francia, la explosiva cuestión de la sucesión de Polonia que mantiene en vilo a Europa y el papel de Roma, inmersa en la profunda contradicción que le generaba la existencia de una francmasonería dividida entre una facción católica —leal a los Estuardo— sobre la que carece de control y otra —abiertamente protestante— que ha logrado penetrar en numerosas ciudades del continente, desafiando abiertamente la autoridad episcopal.

Sin duda, tempranamente, la Iglesia había observado con preocupación la proliferación de las logias, en especial aquellas que prescindían de toda alineación con el catolicismo romano. En ese contexto, y tal como lo refiere Kervella¹³, no le era indiferente a la iglesia que los francmasones católicos hicieran contrapeso a sus hermanos protestantes que proliferaban hasta en Italia; lo que le perturbaba era la manera en que los masones católicos estaban elaborando su propia simbología, basada en una tradición escocesa, fuertemente anclada en un pasado cruzado y con un claro contenido de misterio y hermetismo.

En la medida que la francmasonería escocesa avanzaba en su identificación con los cruzados —y fatalmente con los Caballeros Templarios a quienes reivindicaba como sus ancestros— la Iglesia enfrentaba la alternativa de permanecer en un permisivo silencio o condenar a las logias. Nada más odioso para el Santo Oficio del siglo XVIII como tolerar una Orden que —aún reivindicándose católica— asumía como modelo la figura de Jacobo de Molay, torturado y quemado vivo por el rey Felipe con la complicidad y el apoyo del papa Clemente V.

El contexto del discurso de Ramsay de 1737 estaba rodeado por todas estas circunstancias y algunas urgencias.

¹³ Kervella, *ob. cit.* p. 410.

Desde 1725, época en que se había fundado la primera logia británica en suelo francés —la Logia Saint Thomas N° 1— la masonería francesa no había cesado de crecer bajo el calor de los exiliados estuardistas. En un principio, la sociedad de los francmasones había contado con el entusiasta apoyo del propio regente, el Duque de Orleans, que había aceptado ser el Gran Maestro en 1723.



Francisco Esteban, duque de Lorena, fue una figura clave de la francmasonería del siglo XVIII. Iniciado en La Haya en 1731, se convirtió en gran duque de Toscana en 1738, luego de casarse con María Teresa Habsburgo. Erigió un Estado Masónico en la frontera de los Estados Pontificios e impuso un régimen de tolerancia religiosa que provocó las iras de la Corte de Roma.

Pero la situación había cambiado desde entonces. Mientras que en Inglaterra el apoyo de la monarquía a la francmasonería era cada vez mayor, en Francia, con Luis XV en el trono, los masones empezaban a preocuparse por su futuro. Hacia 1737 las relaciones entre Inglaterra y Francia se encontraban en manos de dos equilibristas: el cardenal Fleury —canciller de Luis XV— y Robert Walpole, conde de Orfolk, —primer ministro del rey Jorge II Hannover— quienes mantenían un delicado equilibrio en una Europa convulsionada a causa de la guerra, los conflictos comerciales y la compleja sucesión de Polonia. Fleury cuidaba las relaciones con Inglaterra y sospechaba que las logias francesas permitían a los jacobitas complotar contra Londres, lo cual, desde luego, era cierto.

Mientras tanto, las noticias inquietantes no sólo llegaban de Roma y España. En los Países Bajos acababa de impedirse, con gran esfuerzo de las más altas influencias masónicas, el encarcelamiento de un numeroso grupo de hermanos, cuya suerte se desconocía. Ramsay, que conocía bien la liberalidad de los holandeses en términos de religión, no podía dar crédito a que se hubiese planeado una feroz represión contra la masonería. Si esto ocurría en Holanda ¿cuál sería el destino de los masones franceses si el rey cedía a las presiones de la Iglesia?

Ramsay tenía la esperanza de evitar males mayores si convencía al rey de colocarse al frente de todos los masones franceses. Para ello tenía pensado reunirlos en Asamblea en la ciudad de París. Como parte de su plan había enviado al cardenal Fleury el discurso que había preparado con motivo de una serie de iniciaciones que tendrían lugar el 21 de marzo, acompañado de una larga exhortación al prelado en la que, entre otras cosas, le decía:

«...Quisiera que todos los discursos en las asambleas de la joven nobleza de Francia, así como los que se dicten en el extranjero, estuviesen henchidos de vuestro espíritu; dignaos, Monseñor, apoyar a la sociedad de los francmasones en los grandes objetivos que se ha fijado...»

La carta estaba fechada el 20 de marzo de 1737, un año antes que el papa Clemente prohibiera, bajo pena de excomunión, a clérigos y fieles,

ingresar a las filas de los masones, lo que demuestra que los temores de Ramsay estaban plenamente justificados. La respuesta no se hizo esperar. Sobre el margen del mismo texto del discurso, el propio cardenal Fleury había escrito apenas unas líneas en las que le explicaba que ni él, ni el rey podían atender su petición. En otras palabras, no lo tomaban en serio.

Ramsay sufrió un profundo desaliento. No lograría que un príncipe de sangre real blandiese el malleto de Gran Maestro de todos los masones de Francia. Pero lograría algo quizá más importante: evitaría la proscripción sin que ello significara la sumisión de la Orden al monarca ni a la Iglesia. Esta situación, muy diferente a la de Inglaterra, daría a la francmasonería francesa su sesgo particular. Pese a todo, el plan siguió su curso.

7. EL DISCURSO DE 1737

Ramsay presenta a la masonería como la herramienta capaz de construir una nueva Europa cristiana. Aun más: proclama las bases filosóficas y morales que la debe regir:

«...El mundo entero no es más que una gran república, en la cual cada nación es una familia y cada individuo un niño. Nuestra sociedad se estableció para hacer revivir y propagar las antiguas máximas tomadas de la naturaleza del ser humano. Queremos reunir a todos los hombres de gusto sublime y de humor agradable mediante el amor por las bellas artes, donde la ambición se vuelve una virtud y el sentimiento de benevolencia por la cofradía es el mismo que se tiene por todo el género humano, donde todas las naciones pueden obtener conocimientos sólidos y donde los súbditos de todos los reinos pueden cooperar sin celos, vivir sin discordia, y quererse mutuamente sin renunciar a su patria...»

Inmediatamente después de este párrafo, Ramsay evoca a los cruzados. Lo hace inmerso en el espíritu que exalta la nobleza franca. Quien habla ante el auditorio atónito es el preceptor de la Casa de Bouillon, el tutor de Godefroid-Charles-Henri, hijo de Charles Godefroid de La Tour Auvergne, Duque de Bouillon. ¿Qué otra Casa podría reivindicar con más legitimidad un pasado cruzado? Ramsay no es un impostor...

No. Es el hombre que educa al descendiente de Sobiesky, el rey de Polonia que salvó a Europa de los turcos. Lo escucha un auditorio de igual prosapia, al que no es necesario convencer de su pasado glorioso y de su misión olvidada.

«...Nuestros ancestros, los Cruzados —dice Ramsay— procedentes de todos los lugares de la cristiandad y reunidos en Tierra Santa, quisieron de esta forma agrupar a los súbditos de todas las naciones en una sola confraternidad. Qué no les debemos a estos hombres superiores quienes, sin intereses vulgares y sin escuchar el deseo natural de dominar, imaginaron una institución cuyo único fin es reunir las mentes y los corazones con el propósito de que sean mejores. Y, sin ir contra los deberes que los diferentes estados exigen, formar con el tiempo una nación espiritual en la cual se creará un pueblo nuevo que, al tener características de muchas naciones, las cimentará todas, por así decirlo, con los vínculos de la virtud y de la ciencia...»



Portada del libro de actas de la Logia de San Juan en el que quedó inmortalizado el «Discurso» de Ramsay, pronunciado el 26 de diciembre de 1736. Este documento, junto al segundo «discurso» pronunciado en 1737, fue clave en el proceso de la restauración templaria del siglo XVIII, pues en él se plantea por primera vez el origen «cruzado» de la francmasonería.

A lo largo de su alocución, sienta las bases de lo que considera *«la sana moral»*, señalando que *«las Ordenes religiosas se establecieron para que los hombres llegaran a ser cristianos perfectos; las Ordenes militares para inspirar el amor por la gloria noble»* y la *«Orden de los francmasones, para formar hombres amables, buenos ciudadanos y buenos súbditos, inviolables en sus promesas, fieles hombres al gusto por las virtudes»*. Para ello —insiste— *«nuestros ancestros los Cruzados quisieron que ésta resultara amable con el atractivo de los placeres inocentes, de una música agradable, de un gozo puro y de una alegría moderada. Nuestros sentimientos no son lo que el mundo profano y el vulgo ignorante se imaginan. Todos los vicios del corazón y del espíritu están desterrados, así como la irreligión y el libertinaje, la incredulidad y el desenfreno»*.

La última parte de su extenso discurso resulta esencial para comprender en su total dimensión el pensamiento y la tradición de la francmasonería escocesa. Describe sus orígenes en la Tierra Santa, así como las vías de penetración en Occidente y el papel jugado por Escocia durante *«los años oscuros»* en los cuales los propios masones se apartan de sus antiguos principios, olvidándose, al igual que los antiguos judíos, *«el espíritu de nuestra ley»*. He aquí su texto completo.

«Desde la época de las guerras santas en Palestina, muchos príncipes, señores y ciudadanos se unieron, hicieron voto de restablecer los templos de los cristianos en Tierra santa y, por medio de un juramento, se comprometieron a emplear sus talentos y sus bienes para devolver la arquitectura a su constitución primitiva. Adaptaron de común acuerdo varios antiguos signos, palabras simbólicas tomadas del fondo de la religión, para diferenciarse de los infieles y reconocerse con respecto a los Sarracenos. Estos signos y estas palabras sólo se comunicaban a los que prometían solemnemente, incluso con frecuencia a los pies del altar, no revelarlos nunca. Esta promesa sagrada ya no era entonces un juramento execrable, como se cuenta, sino un vínculo respetable para unir a los hombres de todas las naciones en una misma confraternidad. Tiempo después, nuestra Orden se unió íntimamente con los caballeros de San Juan de Jerusalén. Desde entonces nuestras logias llevaron el nombre de las logias de San Juan en todos los países. Esta unión se llevó a cabo a imitación de los israelitas cuando construyeron el segundo templo, mientras trabajaban con una mano con la llana y el mortero, llevaban en la otra la espada y el escudo.»

«Nuestra Orden por consiguiente no se debe considerar como una renovación de las bacanales y una fuente de excesivo derroche, de libertinaje desenfrenado y de intemperancia escandalosa, sino como una Orden moral, instituida por nuestros ancestros en Tierra Santa para hacer recordar las verdades más sublimes, en medio de los inocentes placeres de la sociedad»

«Los reyes, los príncipes y los señores, regresando de Palestina a sus países, establecieron diferentes logias. Desde la época de las últimas cruzadas ya se observa la fundación de muchas de ellas en Alemania, Italia, España, Francia y de allí en Escocia, a causa de la íntima alianza que hubo entonces entre estas dos naciones.»

«Jacobo Lord Estuardo de Escocia fue Gran Maestro de una logia que se estableció en Kilwinning en el oeste de Escocia en el año 1286, poco tiempo después de la muerte de Alejandro III rey de Escocia, y un año antes de que Jean Baliol subiera al trono. Este señor escocés inició en su logia a los condes de Gloucester y de Ulster, señores inglés e irlandés.»

«Poco a poco nuestras logias, nuestras fiestas y nuestras solemnidades fueron descuidadas en la mayoría de los países en los que se habían establecido. Esta es la razón del silencio de los historiadores de casi todos los reinos con respecto a nuestra Orden, a excepción de los historiadores de Gran Bretaña. Sin embargo, éstas se conservaron con todo su esplendor entre los escoceses, a los que nuestros reyes confiaron durante muchos siglos la custodia de su sagrada persona. Después de los deplorables reveses de las cruzadas, la decadencia de las armadas cristianas y el triunfo de Bendocdar Sultán de Egipto, durante la octava y última cruzada, el hijo de Enrique III de Inglaterra, el gran príncipe Eduardo, viendo que ya no había seguridad para sus hermanos en Tierra santa los hizo regresar a todos cuando las tropas cristianas se retiraron, y fue así como se estableció en Inglaterra esta colonia de hermanos. Puesto que este príncipe estaba dotado de todas las cualidades del corazón y del espíritu que forman a los héroes, amó las bellas artes, se declaró protector de nuestra Orden, le otorgó muchos privilegios y franquicias y desde entonces los miembros de esta confraternidad tomaron el nombre de francmasones.»

«Desde este momento Gran Bretaña se volvió la sede de nuestra ciencia, la conservadora de nuestras leyes y la depositaria de nuestros secretos. Las fatales discordias de religión que inflamaron y desgarraron Europa en el siglo dieciséis hicieron que nuestra Orden se desviara de la grandeza y nobleza de su origen. Se cambiaron, se disfrazaron o se suprimieron muchos de nuestros ritos y costumbres que eran contrarios a los prejuicios de la época. Es así como muchos de nuestros hermanos olvidaron,

al igual que los judíos antiguos, el espíritu de nuestra ley y sólo conservaron su letra y su apariencia exterior. Nuestro Gran Maestro, cuyas cualidades respetables superan aún su nacimiento distinguido, quiere regresar todo a su constitución inicial, en un país en que la religión y el Estado no pueden más que favorecer nuestras leyes.»

«Desde las islas británicas, la antigua ciencia comienza a pasar a Francia otra vez bajo el reino del más amable de los reyes, cuya humanidad es el alma de todas las virtudes, con la intervención de un Mentor que ha realizado todo lo fabuloso que se había imaginado. En este momento feliz en que el amor por la paz se vuelve la virtud de los héroes, la nación más espiritual de Europa llegará a ser el centro de la Orden; derramará sobre nuestras obras, nuestros estatutos y nuestras costumbres, las gracias, la delicadeza y el buen gusto, cualidades esenciales en una Orden cuya base es la sabiduría, la fuerza y la belleza del genio. Es en nuestras logias futuras, como en escuelas públicas, donde los franceses verán, sin viajar, las características de todas las naciones y es en estas mismas logias donde los extranjeros aprenderán por experiencia que Francia es la verdadera patria de todos los pueblos. Patria gentis humanae.»

Analizaremos, en los próximos capítulos, las consecuencias de este discurso.

CAPÍTULO IX

El inicio de la Restauración Templaria

1. EL ESPÍRITU DE «CRUZADA»

El espíritu y el lenguaje «*cruzado*» que Ramsay utiliza en su discurso, es el que animaba a los jacobitas en su «*epopeya restauradora*». Pero es también, en todo caso, la consecuencia de los acontecimientos que sacudían Europa.

La realidad que estos hombres vivían les imponía, ante todo, un deber militar en la defensa de las distintas «*cristiandades*» que abonaban su tiempo. Pero también es cierto que a las guerras de religión que diezmaban la unidad cristiana, se sumaba el recuerdo, aun latente, de la amenaza de los turcos islámicos. Hasta fines del siglo XVII, el este europeo había padecido el jaque del Imperio Otomano, que soñaba con extender las fronteras del Islam hacia el corazón geográfico del cristianismo.

Apenas unas décadas atrás Europa había tenido nuevamente ante las puertas de Viena a los ejércitos turcos liderados por el visir Kara Mustafá. La conquista de Viena era la carta de triunfo del Islam en el centro de Europa.

En aquel momento fue Sobiesky el que lideró la batalla decisiva, ocurrida en la mañana del 12 de septiembre de 1663. Al amanecer de aquella jornada, en una pequeña iglesia erigida sobre el monte Kahlenberg, frente a 150.000 soldados turcos, el capuchino Marco de Aviano, legado papal, celebró la Santa Misa. Junto al rey de Polonia estaban nobles y príncipes

alemanes, austriacos, húngaros y voluntarios italianos cuyo número era apenas la mitad del de los atacantes.

No era esta una gesta romántica ni una batalla más de las que se libraban en Europa entre facciones cristianas.

Nuevamente, como había sucedido en el año 730 en las llanuras de Poitiers, —donde Carlos Martel detuvo al general berebere Abd al-Rahman ben Abd Allah al Gafidi que había invadido la Aquitania— o como en la batalla de los Cuernos de Hattin —donde fue derrotado el ejército cristiano por el kurdo Saladino, precipitándose la caída de Jerusalén— la cristiandad estaba seriamente amenazada.

Todos estos hombres reunidos en torno a Sobiesky —cuyos descendientes constituirían el auditorio de Ramsay— vivían su misión con un verdadero espíritu de cruzada en el que no podía estar ausente la inspiración de sus propios ancestros, el eco de aquellos lejanos parientes que se habían batido con los musulmanes en las arenas del Levante.

La nobleza europea, nuevamente convertida en «*militia christi*» estaba unida frente al Islam. La rueda de la historia había recorrido una vuelta completa y sobre el campo de batalla sobrevolaba la mítica caballería templaria. Todos los actores parecían haber retornado, hasta los traidores que apostaban a la derrota cristiana, esperada, en este caso, no por los griegos de Bizancio sino por el propio rey de Francia que alentaba a los turcos.

Emulando a los hombres de Godofredo de Bouillón, el rey polaco — al grito de «En el nombre de Dios» — se lanzó contra los turcos. Quiso la providencia que triunfaran los cristianos. Veinte mil turcos fueron muertos en aquella trágica jornada y otros tantos miles huyeron dispersos para no volver nunca más al corazón de Europa. Pero de aquella epopeya surgieron nuevas alianzas y lealtades junto a una conciencia renovada de reconstruir la «cristiandad». ¿Quién lo haría sino la nobleza cristiana? Allí, junto a Jan Sobiesky estaban el markgrave Luis de Badem, el duque Carlos de Lorena —el abuelo de Francisco Esteban, duque de Lorena que, como veremos, erigiría un Estado de inspiración masónica en el Gran Ducado de Toscana— y tantos otros señores.

CAPÍTULO X

El retorno de la Antigua Alianza

1. EL CLERO REGULAR Y LA MASONERÍA DE LOS «ALTOS GRADOS»

La numerosa presencia de eclesiásticos en la francmasonería del siglo XVIII sigue siendo un hecho significativo, sobre el que mucho se ha discutido. Los masones han explotado este dato al atribuirlo al carácter tolerante y universalista que reinaba en las logias, mientras que los príncipes de la Iglesia han preferido buscar sus causas en la debilidad de ciertos sacerdotes, la situación de crisis que vivía la iglesia francesa, el galicanismo y hasta cierta ingenuidad del clero ilustrado que buscaba en las logias un ámbito de expresión para las modas filosóficas de la época.

El fenómeno estaba tan difundido que, pese a los intentos por minimizarlo, no ha podido ser soslayado; Berteloot, Charles Ledré, Maurice Colinon y muchos otros autores católicos han ensayado las más diversas conjeturas. Pocos se han tomado el trabajo de comprender este fenómeno complejo. Se han confeccionado extensas listas de clérigos masones; en algunos casos como resultado de la frenética caza de traidores por parte del clero ultramontano: *¡Señalemos a los malos sacerdotes que se han aliado al enemigo más feroz de la Iglesia!*

Otros han comprendido que el fenómeno era mucho más inquietante. Ferrer Benimeli -uno de los más prestigiosos investigadores de la historia

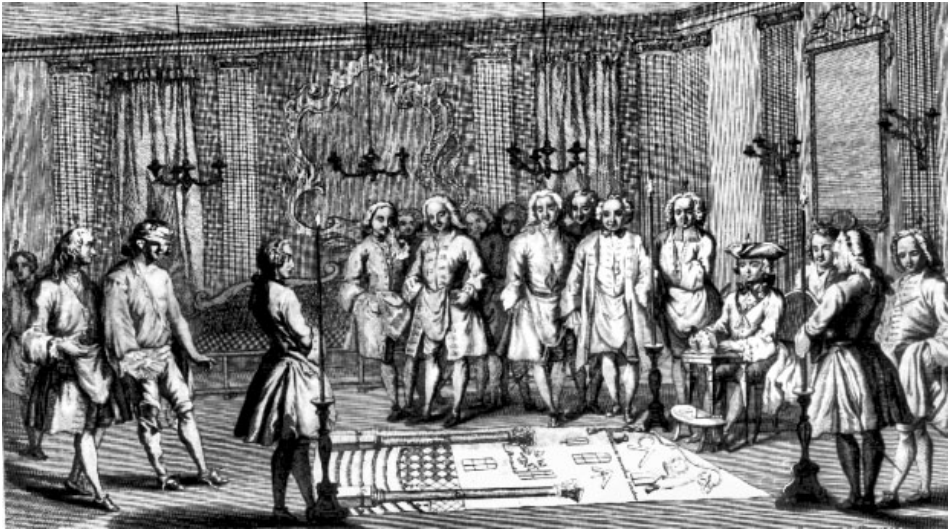
de la francmasonería- ha publicado una lista de más de tres mil religiosos afiliados a las logias. Se sabe que en el siglo XVIII muchas estaban conformadas por gente del clero; que en numerosos casos eran conducidas por ellos y que los más insospechados monasterios eran activos centros masónicos.

Es cierto que no puede atribuirse la totalidad del fenómeno a la sintonía del clero con los católicos jacobitas. Sin embargo es en este vínculo donde se percibe la mayor presencia del clero regular. El monasticismo del siglo XVIII comulgó con la causa jacobita y dejó su impronta en la francmasonería de los altos grados, introduciendo muchos de los elementos centrales de los rituales «*filosóficos*» con base templaria que aun hoy se practican.

Del mismo modo que los benedictinos del Imperio Carolingio establecieron las bases alegóricas del simbolismo masónico operativo, el clero regular del siglo XVIII proveyó de contenido a los altos grados, intervino en la conformación de la leyenda del tercer grado y mantuvo un alto perfil católico en los sistemas desarrollados en torno a la metáfora templaria.

Benedictinos, agustinos, franciscanos y jesuitas conformaron un sólido conjunto dentro de las logias y marcaron el espíritu de la nueva caballería templaria. El desarrollo «*filosófico*» que daría nacimiento a los sistemas y ritos masónicos de la segunda mitad del siglo no puede comprenderse sin su presencia y su aporte. Ya en la década de 1730 —época coincidente con la creciente penetración jacobita en las logias francesas— podemos encontrar manifestaciones tempranas de esta alianza.

A principios de la década, el regimiento de Fitz James, estacionado en Poitiers, estableció relaciones con la nobleza local, adquiriendo numerosos prosélitos a la causa jacobita. Entre ellos se destaca Rene de Pigis, abad comandatario de la abadía benedictina de Quincay desde 1718. En 1750 el abad de Pigis, ya anciano, recibe poderes para abrir allí un Capítulo de los «*caballeros elegido*»; Lo secundan Charles Gaebier, canónigo de la iglesia de Santa Radagonde, el abad Pierre-Francoise



Su carácter de «Sociedad Iniciática» es lo que torna a la Orden Masónica diferente de cualquier otra institución, emparentándola con las antiguas sociedades secretas de Egipto, Grecia y Roma. Estos grabados franceses de 1745 reproducen la ceremonia de iniciación en el grado de Aprendiz y la exaltación al grado de Maestro Masón. Esta última tiene profundas similitudes con la ceremonia de «profeso» de la Orden Benedictina.

superior. Resulta interesante remarcar que esto se lleva a cabo en la última etapa de la «iniciación». En el caso de la masonería, la exaltación tiene lugar luego de que el candidato ha atravesado la condición de aprendiz, y la de compañero. En la Orden de San Benito, el profeso fue previamente aspirante, postulante y novicio.

La similitud entre ambos ritos ha sido ampliamente investigada por escritores masones, en particular belgas y alemanes. El Gran Maestre belga Goblet D' Alviella, por ejemplo, señala que la «*profesión de votos*» —como se llama a la iniciación de los novicios, especialmente en la orden de los benedictinos— implica una muerte y una resurrección simuladas.⁹ Según el ritual —que continuaba aun en vigor a fines del siglo XIX— el novicio se tendía en el suelo frente al altar, bajo una mortaja, entre cuatro cirios, y se leía el oficio de los difuntos. La asistencia entonaba el *Miserere*; luego, el candidato se incorporaba, daba a cada uno el beso de la paz y tomaba la comunión de manos del abad. A partir de ese día adoptaba otro nombre, que conservaría hasta su lecho de muerte.

La costumbre de elegir un nombre simbólico está todavía vigente en algunas obediencias masónicas, aunque en la masonería latina se haya desvirtuado su sentido, atribuyéndole razones políticas: Evitar dar a conocer la verdadera identidad en caso de sufrir persecución. El real significado es que una nueva vida necesita un nuevo nombre, pues desde la más remota antigüedad a los iniciados se les ha llamado «los dos veces nacidos».

El profeso benedictino —al igual que el maestro masón— nace a una nueva vida. Aún en la actualidad, aquel monje que solicita sus votos solemnes, recibe como signo de su profesión la investidura de la cogulla, como testimonio de su entrega total a Cristo y su muerte al mundo.

August Pauls, Soberano Gran Comendador del Supremo Consejo Grado 33 de Alemania dice al respecto:

«Muchas veces se ha afirmado que la Leyenda de Hiram nació del ceremonial del profeso benedictino, sea que la idea de fondo provenga de la consagración de monjes de

⁹ Goblet D'Alviella, *ob. cit.* p. 57.

esa Orden Católica o del ritual de iniciación de otra orden católica, de monjes o seculares, que tenía ese ceremonial Benedictino...»

«Tal como en la Orden Benedictina el neoprofeso representa en cierto grado a Cristo, así simboliza en su exaltación el Compañero a Hiram, considerado como el masón más perfecto de la tierra. Ambos son tratados en cripta mística, y también en un ataúd, como muertos, en algunos sistemas masónicos y en algunas órdenes católicas.»

«Los dos viven su resurrección simbólica, el neoprofeso por mandato del Diácono y el francmasón por el Venerable Maestro mediante el toque y la Palabra del Maestro. Pero el contenido y sentido de las dos ceremonias muestran ya una diferencia básica. Mientras que el neoprofeso adopta él mismo, en señal de obediencia, la posición del muerto, el candidato en el Grado de Maestro sufre el destino, no según la Biblia, sino que según la Leyenda del Maestro Hiram, asesinado por tres compañeros pérfidos y es, como él, la víctima del cumplimiento del deber y del secreto...»¹⁰

Existe cierta literatura masónica —en especial alemana y particularmente escasa— en la que se ha comparado la profesión de votos entre los benedictinos y la consagración de maestros entre los masones. Marcial Ruiz Torres investigó esta cuestión basándose en trabajos y testimonios de autores alemanes, y volcó sus resultados en el «Libro del Maestro Masón».¹¹

Allí afirma que escritores como Findel en su «Historia de la Francmasonería» y Karl Bayer, ven a los rituales benedictinos como una fuente francmasónica. Menciona también a tres hermanos de la Gran Logia Nacional «Los Tres Globos» de Berlín, a los que le atribuye el mérito de haber dilucidado la cuestión: Johann Heinrich Sonnekalb¹², quien describe el ritual benedictino en su obra sobre el grado de maestro; Kingelhofer,

¹⁰ Pauls, August; «Nacimiento, desarrollo y significado del Grado de Maestro» (Santiago de Chile, Cuadernos Simbólicos de la Gran Logia de Chile, Vol. I,) pp. 26 y 27.

¹¹ Ruiz Torres, Marcial; «Libro del Maestro Masón» (Buenos Aires, Gran Logia de la Argentina, 1982).

¹² Sonnekalb —que es considerado como uno de los eruditos de la prehistoria de la Francmasonería— no dudaba en afirmar que el origen de la institución debía buscarse en las asociaciones de picapedreros de la época de la construcción de las catedrales, en oposición a quienes pretendían remontarla a orígenes pretéritos.

por su tratado sobre «*La consagración de monjes entre los benedictinos y la consagración de maestros en nuestra Orden*», publicados en 1931 y basado en obras impresas de la Orden Benedictina;¹³ y en especial, los trabajos de Edwin Rousselle, publicados bajo el título «*Sobre el Rito de Profesos Benedictinos*»¹⁴. Rousselle integró el «*Círculo de Eranos*», al que pertenecieron figuras fundamentales de la filosofía, el estudio de las religiones, la hermenéutica y el simbolismo, entre los que se destacaron Henry Corbin, Mircea Eliade, y Carl Gustav Jung. Se cree que este círculo actuaba como una verdadera sociedad secreta bajo el amparo de la francmasonería.

En el trabajo mencionado, describe que —en oportunidad de hospedarse en el Convento benedictino de Beurón, en 1919— pudo tomar notas de un antiguo ritual de 1868, vigente hasta 1914, y que, a su vez, se basaba en otros más antiguos. En términos generales, este ritual coincidía con las descripciones realizadas por Goblet D'Alviella.

¹³ «*Cuadernos para los Maestros de San Juan*» (Zirkelkorrespondenz, Alemania, 1931).

¹⁴ *Loc. cit.*

CAPÍTULO XI

Von Hund y la Estricta Observancia Templaria

1. IMPERIUM TEMPLI

Los esfuerzos de Ramsay y de la francmasonería jacobita alcanzaron éxitos insospechados. Pese a que en su discurso sólo hace mención a los cruzados, la imagen de los caballeros templarios fue inmediatamente asociada y convertida en el eje de muchos de los rituales desarrollados entre los «*Elegidos*». Los Altos Grados proliferaron con rapidez y muy pronto las principales ciudades de Francia poseyeron sus «*capítulos*» y sus «*logias de perfección*».

Pero los líderes escoceses preparaban un plan general que restaurara la Orden del Temple en Europa. Pese al éxito obtenido por Ramsay y el desarrollo de los capítulos, esta nueva caballería pretendía organizarse en una verdadera Orden llamada a controlar la francmasonería y —justo es decirlo— servirse de ella.

La tarea demandó un tiempo; probablemente el necesario para la selección de aquellos hombres que podrían llevar a cabo tan ambicioso plan. Durante algunos años, el alto mando *escocés* desarrolló la idea de un «*Imperio Transnacional*» que superase las divisiones provocadas por los cismas religiosos y las vicisitudes políticas de Europa. Esta idea debía incluir una estructura moral que rigiese la vida de los estados seculares,

imbuidos del ideal masónico de paz, fraternidad, tolerancia, virtud y progreso.¹

Se necesitaba un hombre especial, un espíritu a la vez justo y audaz, en alguna medida ingenuo, convencido de la existencia de una tradición sólo accesible a ciertos iniciados; que fuese lo suficientemente dócil para aceptar ser controlado por los jacobitas pero tan intrépido como para concitar la lealtad de nobles y príncipes. ¿Dónde encontrarlo?

En 1742 Francfort se había convertido en un hervidero de jóvenes aristócratas atraídos por la pompa de la consagración de Carlos VII. Hacia allí convergían cuerpos militares con sus logias, acompañando a las grandes embajadas de los estados europeos e infinidad de caballeros y gentiles hombres que no querían perderse tan magnífico evento.

La más numerosa y ostentosa de las embajadas, era, sin dudas, la del mariscal Belle-Isle, representante de Luis XV, enviado a la inminente coronación de Carlos. Entre los hombres que acompañaban a Belle-Isle abundaban los elementos francmasones jacobitas, algunos de alto nivel como es el caso de La Tierce —redactor de las constituciones masónicas francesas de 1742 que incluirían en el prefacio al discurso de Ramsay— sobre quien volveremos más tarde.

Algunos de estos caballeros que acompañaban al mariscal, se apresuraron a conformar una logia en Francfort en la que fueron iniciados numerosos aristócratas alemanes. Uno de ellos, el barón Carl-Gotthelf von Hund, señor de Altengrotkau y de Lipse, llevaría a cabo el plan de los jacobitas y constituiría el movimiento masónico-templario de más vasto alcance en la historia moderna.

Tenía apenas veintiún años, pero este gentilhomme de cierta fortuna, nacido en la Lucase, demostraría estar a la altura de la enorme exigencia a la que sería sometido por sus «*Superiores Ignorados*».

¹ Labée, Francois «*Chroniques d'Histoire Maçonnique*» N° 48 (Paris, Iderm, 1997) pp. 3-9.



Las logias que trabajaban en los regimientos estuardistas estacionados en Francia parecen haber tenido un papel preponderante en la incorporación de nuevos adeptos, principalmente entre militares —nobles en su mayoría— tanto franceses como alemanes, en campaña sobre el Rin y en Italia. (Oficiales y nobles alemanes y franceses inician al Margrave Friedrich von Brandenburg-Bayreuth en 1740.) y (Retrato de Friedrich von Brandenburg-Bayreuth).

Coinciden las fuentes en que un año después de su iniciación en Francfort viajó a París, donde permaneció algunos meses. Se le introdujo rápidamente en la masonería capitular y pronto estuvo en posesión de los secretos de los Altos Grados. Abrazó de inmediato el pensamiento de Ramsay: Todo verdadero masón es un caballero templario.



Los masones estuardistas que acompañaban al mariscal Belle-Isle a la consagración de Carlos VII, se apresuraron a conformar una logia en Francfort en la que fueron iniciados numerosos aristócratas alemanes. Uno de ellos, el barón Carl-Gotthelf von Hund, señor de Altengrotkau y de Lipse, llevaría a cabo el plan de los jacobitas y constituiría el movimiento masónico-templario de más vasto alcance en la historia moderna. (Retrato del mariscal Belle-Isle).

Bibliografía

BIBLIOGRAFÍA DE LOS CAPÍTULOS I Y II

- Akel, Suhail Hani Daher;** «*Jerusalén, mil veces muerta y resucitada*»; (Buenos Aires, Edición del autor, 2000).
- Beck, Andreas;** «*El Fin de los Templarios*»; (Barcelona, Península 1996).
- Callaey, Eduardo R.;** «*Figuras contemporáneas de la Masonería*»; Revista Todo es Historia, N° 405, (Buenos Aires, Abril 2001)
- Hitti, Philip;** «*History of the Arabs*», (New York, St. Martin's Press, 1970).
- Johnson, Paul;** «*National Review*», <http://www.nationalreview.com/15oct01/johnson101501.shtml>
- Maalouf, Amin;** «*Les croisades vues par les Arabes*»
- Mourgues, Jean;** «*El Pensamiento Masónico*»; (Madrid, Kompás Ediciones, 1997).
- Robinson; John;** «*Mazmorra, hoguera y espada*» (Barcelona, Editorial Planeta S.A., 1994).
- Robinson; John;** «*Nacidos en Sangre*»; (México, Diana 1997)
- Runciman, Steven;** «*Historia de las Cruzadas*», (Madrid, Revista de Occidente, 1957).
- Smith, Huston;** «*Las Religiones del mundo*» (España, Thassàlia, 1995).
- Umar Ibrahim Vadillo;** <http://www.islammexico.org.mx/Textos>

BIBLIOGRAFÍA DEL CAPÍTULO III

- «*Manuscrito Cooke*» Versión de Herbert Poole; Vol. 19 de los Cuadernos Simbólicos de la Gran Logia de Chile.

Fuentes benedictinas del Manuscrito Masónico Cooke

Un análisis de las fuentes a las que hace referencia el «*M. Cooke*» establece claramente su filiación benedictina. En su mayoría estos monjes han escrito obras vinculadas a la tradición del Templo de Jerusalén y las prácticas de la albañilería.

1. Ranulf Higden (circa 1299–1363), autor del «*Polychronicon*» (circa 1350), una de las crónicas históricas más importantes de su época. Monje benedictino del monasterio de Saint Werburg, en Chester; Se cree que este libro fue escrito en dos partes, la primera hacia 1326, la segunda hacia 1350. En 1387, fue traducido por Juan de Trevisa, capellán de Lord Berkeley e impreso por Caxton en 1482.
2. Honorio de Autum (Honorius Augustodunensis, circa 1095-1135) autor de «*Imago Mundi*» (llamado también «*De Imagine Mundi*»). Monje benedictino, autor, por otra parte, de «*De gemma animae*», una obra en la que desarrolla una teoría que causaría gran repercusión en su época, en la que consideraba a la arquitectura como la continua manifestación de los planes de Dios, concepto que otorgaba un carácter muy especial al Templo y al artesano (masón) que lo construía.
3. Petrus Comestor (m. 1178 en París), autor de «*Historia Scholastica*» (fuente mencionada en el «*M Cooke*» como «*Master of Histories*»). Canónigo adjunto de la Iglesia de Notre-Dame de Troyes. Durante algunos años tuvo a su cargo la Escuela Teológica de Notre-Dame de París. Su «*Historia Scholastica*» era uno de los manuales más difundidos en el ámbito monástico, utilizado por monjes, estudiantes y teólogos de su tiempo.
4. Beda (circa 673-735), historiador benedictino inglés. Si bien su obra más renombrada es «*Historia ecclesiastica gentis anglorum*» –escrita en 731, cuando ya era un anciano– surge de lo expuesto la importancia de «*De Templo Salomonis Liber*», cuyo contenido ha sido mencionado en el texto.
5. Las fuentes se completan con Isidoro de Sevilla (540-636) –en especial con su obra «*Etymologiae*», un compendio de todo el conocimiento anterior al siglo VII– y con Methodius (825-885), arzobispo de Syrmia, conocido como uno de los «apóstoles de los eslavos» y autor de «*Revelaciones*».

Fuentes benedictinas y cluniacenses vinculadas a la alegoría del Templo de Salomón, a la tradición antigua de los albañiles cluniacenses y la arquitectura cristiana sagrada

Beda; «*Historia Ecclesiastica gentis Anglorum*», Bibliotheca Augustana, «*Beda der Ehrwürdige, Kirchengeschichte des englischen Volkes*», lateinisch und deutsch herausgegeben von Günter Spitzbart, Darmstadt 1997.

Beda; «*Vita quinque sanctorum abbatum*» (Sobre la construcción de los monasterios de Northumbria)

«*Venerabilis Bedae Opera Historica*» (Carolus Plummer. Oxonii, 1896).

Heymone monaco Hirsaugiensi; «*Vita Beati Wilhelmi*», (Sobre la construcción de los monasterios bajo la jurisdicción de la abadía de Hirschau, con regla cluniacense)

J. P. Migne P.L. VOL. CL; París, Brepols – Turnhout, 1854.

Honorius Augustodunensis, «*De gemma animae*», Lib. I (Sobre el simbolismo de los Templos) en «*Arte medieval*» Gustavo Gili, (2ª Ed. Barcelona 1982) Págs. 23-29.

Honorius Augustodunensis «*Imago Mundi*» Hans Zimmermann *Weltbild des Mittelalters*. <http://home.t-online.de/home/03581413454/imago.htm>

Rabano Mauro; «*Commentaria in Libros IV Regum*» y «*Commentaria in Libros II Paralipomenon*» (Exégesis sobre los textos que describen la construcción del Templo de Salomón. J. P. Migne P.L. VOL. CIX; París, Brepols – Turnhout; 1852.

Teófilo; «*Diversarum artium schedula sive de diversis artibus*»; Lib. III (Manual para artesanos y constructores). Bibliotheca Augustana, www.fh-augsburg.de/~harsch/Chronologia/Lspost12/Theophilus/

Udalricus Cluniacensis Monachus «*Antiquiores Consuetudines Cluniacensis Monasterii*», J. P. Migne P.L. VOL. CXLIX; París, Brepols, 1853.

Herrgott, Marquardi «*Vetus Disciplina Monastica*» O.S.B.; Apud Franciscum Schmitt Success.- Siegburg 1999. Edición facsímil de 1734

Walafrid Strabon; «*Liber Regum Tertius*» y «*Liber Paralipomenon Secundus*», J. P. Migne P.L. VOL. CXIII; París, Brepols, 1852.

Wilhelm de Hirschau; «*Sancti Willbelmi Constitutiones Hirsaugienses seu Gengebacenses*». J. P. Migne P.L. VOL. CL; París, Brepols – Turnhout; 1854.

NOTA: Un completo desarrollo de la tradición masónica benedictina ha sido expuesto en:

Callaey, Eduardo R «*Ordo Laicorum ab Monacorum Ordine*». ; (Buenos Aires, Academia de Estudios Masónicos, 2004)

BIBLIOGRAFÍA DE LOS CAPÍTULOS IV Y V

Relativa a Godofredo de Bouillón, la presencia benedictina en Tierra Santa y la Primera Cruzada

Gislebert de Mons; «*Cronicon Hanoniense*» (Madrid, Ediciones Siruela S.A., 1987)
Traducción de Blanca Garí de Aguilera, p. 9

Gregorii VII Registrum, Ed. Ph. Jaffé, in *Monumenta Gregoriana*, II, en: Gallego Blanco, E., «*Relaciones entre la Iglesia y el Estado en la Edad Media*», (Biblioteca de Política y Sociología de Occidente, 1973, Madrid), pp. 174-176.

«**Monumenta Germaniae Historica, Constitutiones et Acta, I**», en: Calmette, J., «*Textes et Documents d'Histoire, 2, Moyen Age*», (P.U.F., 1953 Paris), pp. 120 y s.
Trad. del francés por José Marín R.

Guillermo de Tiro, *Histoire des Croisades*, I, Éd. Guizot, 1824, Paris

Jacques de Vitro, «*Historia de las Cruzadas*», Buenos Aires, Eudeba, 1991

Roy, E. «*Les poèmes français relatifs à la première croisade*», en *Romania*, 1929

Khitrowo, Mme. B. De; «*Itinéraires Russes en Orient*» (Réimpression de l'édition 1889; Osnabrück, Otto Séller, 1966

«**New Schaff-Herzog Encyclopedia of Religious Knowledge**» (Sobre Wilhelm de Hirschau y la «*Querrela de las Investiduras*»)

Gebhardt, Victor D. «*La Tierra Santa*» (Espasa y Cía Editores, Barcelona)

Lamb, Harold, «*Carlomagno*» (Edhasa, Barcelona, 2002)

Runciman, Steven «*Historia de las Cruzadas*» (Revista de Occidente, Madrid, 1958).

Barret, Pierre y Gurgand, Jean-Noël; «*Si te olvidara, Jerusalén*» *La prodigiosa aventura de la Primera Cruzada;* (Ediciones Juan Granica S.A., Barcelona; 1984)

Jacques Heers, «*La Primera Cruzada*» Editorial Andrés Bello; Barcelona, 1997

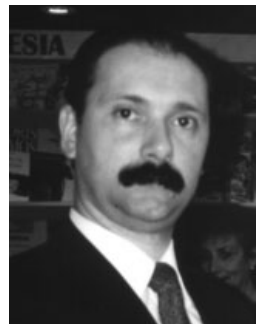
Zuckerman, Arthur J. «*A Jewish Principdom in Feudal France*» (Columbia University Press, New York, 1972)

BIBLIOGRAFÍA DEL CAPÍTULO VI

Callaey, Eduardo «*Monjes y Canteros*» (Buenos Aires, Dunken, 2001).

Duby, George; «*La época de las catedrales*» (Madrid, Ediciones Cátedra, 1993).

Eduardo R. Callaey es historiador,
escritor y guionista.



Como historiador ha publicado dos libros y numerosos artículos sobre historia medieval e historia de la francmasonería. Ha escrito guiones para televisión sobre temas de historia, mitología y religión. Ingresó en la francmasonería en 1989. Presidió las logias «América N° 32 y «Unión Justa N° 351». Entre 1999 y 2003 se desempeñó como Gran Consejero de la Gran Logia de la Argentina de Libres y Aceptados Masones. Actualmente preside la logia Lautaro N° 167 de Buenos Aires.

Es autor de los libros «**Monjes y Canteros**» *Una aproximación a los orígenes de la francmasonería* (Buenos Aires; 2001) y «**Ordo Laicorum ab Monacorum Ordine**» *Los orígenes monásticos de la francmasonería*. (Buenos Aires; 2004)

Fue guionista y productor comercial del programa documental «HOLOGRAMA» emitido por Canal 4 (Grupo Cablevisión) para la República Argentina y América Latina de habla hispana, que obtuvo tres nominaciones al premio Martín Fierro como «Mejor Programa Cultural» de televisión por Cable.

Ha dictado cursos y conferencias en distintos ámbitos culturales entre los que cabe destacar:

- Biblioteca de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, en el marco del Seminario: «*La Masonería ante la Historia*», en el que disertó «*Acerca de las Corporaciones Medievales*»; 10 de noviembre de 2000.
- Sociedad Argentina de Escritores: Ciclo de Conferencias titulado «*De Masonería y de Masones*», en el que expuso sobre «*Aproximación al origen de la francmasonería*»; 18 de junio de 2002.
- Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en las Jornadas «*Presencia masónica en el patrimonio cultural argentino*» en la que tuvo a su cargo la conferencia de apertura. 16 de septiembre de 2002
- 30ª Feria Internacional del Libro de Buenos Aires. Mesa redonda organizada por la «Fundación El Libro», donde disertó sobre «*Las sociedades iniciáticas y esotéricas en el mundo actual*» 2 de mayo de 2004.
- 31ª Feria Internacional del Libro de Buenos Aires. Mesa redonda organizada por la «Fundación El Libro», Mesa redonda sobre «*Misterios y Secretos de las Sociedades Secretas*» 5 de mayo de 2004.

En la actualidad integra la Sociedad Argentina de Escritores y la Academia de Estudios Masónicos de la cual es miembro fundador.

Es Editor Ejecutivo de la revista «*Símbolo*», órgano oficial de la Masonería Argentina.